

No creo en brujas, pero que las hay, las hay ...

Educado en un ambiente poco proclive al respeto por algunas credulidades del vulgo, siempre me creí inmune al embaucamiento de cualquier tipo de superstición, magia, adivinación o superchería. Sin embargo, recuerdo claramente que -por diversión- me embarqué, algunas veces, en el jugueteo de consultar adivinadores, mentalistas, quirománticos, augures y charlatanes de distinta especie con quienes solía departir ya fuera fingiendo gran confianza en sus dotes, aunque riéndome por dentro de sus respuestas, o polemizando y burlándome abiertamente de sus esotéricas virtudes.-

Una noche en que departíamos con varios amigos en torno a la mesa de una cafetería céntrica, emergió en la conversación el tema de la astrología, la predicción del futuro y la posibilidad o no de preverlo y anticiparlo que algunos se atribuyen. La manifestación de mi más absoluta incredulidad escandalizó a uno de los contertulios, a quien conocía sólo de vista puesto que justificaba su presencia en la reunión su condición de circunstancial acompañante de una de mis amigas.-

Como me pareció inútil procurar explicar los fundamentos científicos de mi posición, y para intentar algo más divertido que aquello, lo desafié a que demostrara mi error mediante la única prueba que estaba dispuesto a aceptar: que algún adivino predijera con acierto mi futuro. Pero como ambos coincidimos en que eso tendría el inconveniente de que obligaría a esperar el transcurso del tiempo que la producción del evento pronosticado demorase, fue que transé en admitir, como prueba de la capacidad de tales agoreros o clarividentes, una demostración mucho más sencilla. En vez de adivinar mi futuro, me conformé con que tan sólo me revelara, con acierto, el pasado reciente.-

Yo tenía la certeza de que jamás le había visto antes y estaba casi seguro de que nuestra amiga común no había de haber tenido ocasión de ilustrarle ni siquiera como para que me conociese muy superficialmente. Aunque incrédulo acerca de las dotes sobrenaturales de esta gente, siempre reconocí la capacidad que tienen para percibir, con habilidad, muchas de las características psicológicas de sus interlocutores, de modo de poder determinar con admirable grado de precisión aspectos sorprendentemente acertados que al común de los mortales pasarían inadvertidos. Con un poco de charla y esa agudeza que he señalado, los “adivinos” impresionan a sus cándidas víctimas y, revelando con destreza detalles de sus vidas, le presagian un porvenir que -obviamente- no creo que puedan anticipar con certeza pero que nos sentimos inclinados a creer cuando estamos suficientemente sugestionados por la supuesta habilidad demostrada al indagar el pasado.-

La sesión empezó y la atención de todos los que rodeaban la larga mesa compartida por el grupo se depositó en las primeras palabras de aquel desconocido. Empezó por decir que él sabía leer el futuro “tirando las cartas” y dijo que no necesitaba las del Tarot porque su padre le había enseñado -lo que había aprendido del abuelo y éste a su vez del bisabuelo- a pronosticarlo con un mero mazo de barajas españolas. Y, como ésa era su principal ocupación, siempre llevaba un juego de naipes consigo. Así fue que se aprestó a aceptar el desafío y revelar algunos aspectos de mi vida amorosa, incluyendo algún anuncio de lo que -a su decir- me depararía el destino en esa materia.-

Los motivos habituales de consulta a estos augures suelen ser siempre los mismos y para enfrentar esos temas es que están preparados por la experiencia.

¿Cómo me irá en el trabajo recién emprendido? ¿Conseguiré el ascenso esperado? ¿Me aumentarán el sueldo? ¿Podré cerrar el gran negocio que tanto añoro? ...

O bien ¿Qué pasará con mi salud? ¿Me curaré esta alergia que me acosa? ¿Me dará bien el análisis que me hice ayer? ¿Se curará aquel amigo al que le dio un infarto?

Y, finalmente, los asuntos del corazón: ¿Será correspondido el amor que profeso por aquella bella dama? ¿Encontraré el amor de mi vida? ¿Fulanita no me engañará con Menganito?

Por evacuar cualquier consulta acerca de los dos primeros temas el susodicho cobraba sumas considerables. No sólo había una buena clientela dispuesta a pagar, sino que percibía -según supe después- suculentas sumas por ello. Pero los asuntos sentimentales, entendía él, podían ser objeto de sus anuncios, en ocasiones como la presentada, sin que hubiera pago alguno de por medio. Y no lo habría, naturalmente, porque ni yo ni ninguno de los presentes estábamos dispuestos a semejante cosa.-

Mi vida sentimental había sido bastante transparente en aquellos tiempos y la mitad de mis amigos la conocía, mientras que la otra mitad la intuía o suponía, sin temor a equivocarse. Desde que había empezado a trabajar en la Redacción del diario, estaba perdidamente enamorado de la correctora ingresada casi simultáneamente conmigo. Aquella morocha de ojos oscuros, piel morena y escultural físico me había encandilado tanto por su apariencia como por los modales, su cultura e inteligencia. Compartíamos gustos artísticos y departíamos largamente en la sala donde nos reuníamos por las noches, mientras preparábamos la edición matinal del diario. Yo me encargaba de la crítica literaria y debía entregar un artículo diario sobre el tema, mientras que ella oficiaba de correctora, en aquellos tiempos en que no se empleaban las computadoras ni los programas de procesamiento de texto y en las salas de redacción todavía tecleaban las Remington y las Olivetti al ritmo en que las teletipo nos transmitían -poder de la tecnología que nos impresionaba por lo avanzada y ahora sería pieza de museo- las noticias de cuanto ocurría al otro lado del mundo.-

Mi fascinación por aquella joven era tan obvia que no había persona en mi entorno que no se hubiera dado cuenta; salvo la propia Clotilde -que así se llamaba- aunque me inclinaba yo a pensar que lo sabía, pero prefería disimularlo por la sencilla razón de que era demasiado educada como para manifestarme explícitamente que aquella veneración no era correspondida sino con un respetuoso sentimiento de sincera amistad. Y yo me conformaba con esto, no pudiendo obtener otra cosa y disfrutaba de su compañía en todo momento en que ello me fuera posible, no haciendo más alarde que de una torpe sumisión que amigos y parientes criticaban.-

El adivino aprovechó haber captado nuestra atención y empezó a dar vueltas, una a una, varias cartas del mazo que había apoyado boca abajo en el centro de la mesa. Las exhibía con gesto teatral y las volvía a depositar con su cara hacia arriba. Meditaba (o simulaba hacerlo) al tiempo que hablaba con voz grave y algo afectada.-

- Tu vida sentimental se pone de manifiesto con rotunda claridad desde la primera baraja que ha salido – pronunció mirándome a la cara como si de ella quisiera extraer lo que (según yo pensaba) de ningún modo podían decirle los naipes.-

- Fijate que percibo desde el inicio que no tenés pareja todavía, o sea que no hay novia ni esposa en el presente ni la hubo en el pasado inmediato ... - y yo pensaba “¡vaya habilidad! Como si no fuera sencillo haberlo intuido siendo que todos los que estaban casados o ennoviados se hacían acompañar por sus parejas en aquella ocasión. Y, a lo sumo, en el peor de los casos se trataba de un acierto en un caso en que las chances eran de “un cincuenta y cincuenta”, completamente ineficaz para causar alguna impresión.-
- Pero, eso sí, parece muy obvio que tu estás profundamente atraído por una joven muy cercana a ti. Y no quiero decir que esté cerca en este momento, me refiero a que lo está generalmente, esto es, que la ves muy seguido ... ¿una compañera de estudio quizás? ... o, mejor aún, alguien que trabaja diariamente contigo ... -Por primera vez me sentí algo alterado. Pero descarté toda credulidad dudando de la honestidad de nuestra amiga común y supuse que le habría contado mi caso.-
- En esta carta -dijo extrayendo la cuarta o quinta baraja- se advierte que esa atracción no es correspondida. Lo que vos sentís por ella es amor, - dijo imponiendo a esta última palabra una entonación más afectada, aún, que a las otras.-
- Y estás sufriendo porque la ves a diario y ella no siente, por ahora al menos, lo mismo que vos.-

Ya mi interés cambió sugestivamente. De haber estado buscando la explicación racional que justificara los aciertos, pasé súbitamente a atender a lo que me decía porque era tal mi obsesión por Clotilde que me gustó deducir de las expresiones del vidente una expectativa favorable a mis aspiraciones sentimentales.-

- Se comprende tu atracción –murmuró extrayendo una nueva carta- porque se la ve bonita; y es tan elegante como amable y culta. Comparte contigo aficiones y has optado por disfrutar de su compañía en cada ocasión que se te presenta, aunque sufras la inexistencia de un sentimiento compartido.-

A esa altura, debo admitirlo, mi turbación llegó casi al paroxismo. Y el cruce de miradas entre los parroquianos, con alguna murmuración de fondo, puso en evidencia que no era el único que estaba pasando por el mismo estado.-

Alguno de quienes le escuchábamos –no fui yo, eso es seguro- pidió que la describiera físicamente con más detalle. Entonces dijo que era de tez morena, dientes contrastantemente blancos y ojos muy oscuros pero que, curiosamente, coronaba su cara una cabellera completamente rubia ... “muy rubia” – repitió, haciendo especial hincapié en ello.-

Fue exactamente lo que necesitaba para volver a “aterrizar” en la realidad y ver afirmarse mis iniciales convicciones. Pero no puedo dejar de admitir que lo hice con cierto grado de decepción, porque a medida de que la descripción de la situación se había ido aproximando sucesivamente a la verdad, mi entusiasmo había ido aumentando.-

En definitiva, consideré que podía darse por demostrada mi tesis pues el error en que acababa de incurrir aquel adivino, y que fue por todos advertido, ponía muy en duda sus presuntas habilidades. Si algo sobresalía en Clotilde, para cualquiera que la apreciara por primera vez, era aquella ensortijada melena negra como el azabache, muy digna –por otra parte- de quien portaba ojos tan oscuros y piel tan morena.-

Mi prejuicio en contra de la cartomancia (si es que puede constituir un prejuicio una convicción tan racional como pretendía ser la mía) no hizo sino renacer en aquel mismo acto. Se desvaneció en mi todo interés por las profecías o vaticinios de aquel repentinamente devaluado adivino.-

El retorno a la desconfianza facilitó la conclusión intempestiva de aquella velada. La coincidencia de una llamada telefónica del Secretario de Redacción a la Confitería, advertido como estaba de mi presencia en ella, me impuso de la necesidad de cubrir con una nota a ser publicada impostergablemente al día siguiente: la inminente edición de una nueva novela del autor de moda. Salí del lugar sin hacer comentario alguno sobre el error de aquel charlatán y con una breve inclinación de cabeza me despedí de él, mientras que un gesto con mi mano saludaba a los demás al tiempo que excusaba mi veloz partida.-

Al llegar a la redacción ya ni pensaba en el incidente ocurrido unos minutos antes y ocupaba mi cabeza la sola preocupación de cómo encarar el artículo. Entré apurado y me dirigí al escritorio que empleaba habitualmente. Desde la mesa de al lado a la mía me saludó la fácilmente reconocible y muy sensual voz de Clotilde con un rutinario “Buenas Noches”.-

No habría respondido tan atónito a su saludo si no fuese que su sonrisa blanca y desbordante de simpatía, coronada por aquellos dos ojos grandes y oscuros provinieran de una cabeza que estrenaba, desde esa misma tarde, un nuevo y reluciente tinte dorado en sus cabellos.-

Para mi sorpresa y confusión, la morocha en quien tanto había pensado durante la sesión en que aquel vidente escudriñaba mi pasado, se acababa de convertir en esa rubia que el clarividente me había descrito.-

Han pasado muchos años y mi relación con Clotilde evolucionó muy favorablemente al extremo de que festejaremos las Bodas de Plata muy próximamente. Al adivino no lo he vuelto a ver. Pero, al principio, no transcurría una semana sin que preguntase a nuestra común amiga por él con todo interés y el propósito de someterme a un nuevo encuentro porque aunque me costase admitirlo, hasta aquel momento jamás había creído en brujas ... pero que las hay, las hay ...

E.B.A. (setiembre de 2007)

El Flaco Galán

Desparramó su ancho cuerpo en el asiento del autobús, se quitó el sombrero y lo apoyó sobre una de las rodillas, muy distante de la otra por virtud de esa gordura que le obligaba a mantener las piernas bien separadas. De la pronunciada calva chorrearon dos gotas de transpiración que surcaron la frente, deteniéndose un instante en cada arruga, y desbordando ambas cejas, siguieron de largo. Se vio obligado a extraer un pañuelo blanco del bolsillo de la chaqueta y refregarse con él toda la cara, para volver a guardarlo, arrugado y húmedo, en el mismo lugar de donde había salido. Suspiró profundamente y me sonó más a un ronquido grave que a la respiración de cualquier persona normal. La agitación de la corrida para alcanzar el ómnibus, el esfuerzo por trepar a él con el vehículo ya puesto en marcha y la escasa agilidad de su físico de más de ciento veinte quilos le habían agotado.-

Desde el asiento de al lado, atravesando el corredor central, lo observaba de reojo pues lo había reconocido desde el mismísimo momento en que vi aparecer su cabeza por detrás de la mampara que separa el asiento del guarda de los dos escalones de la puerta de entrada. Era, ni más ni menos que “el Flaco Galán”.-

Fuimos juntos a la escuela, de primero a sexto, y nos sentábamos uno al lado del otro. Vivíamos en el mismo barrio, la misma manzana. Jugábamos en el mismo equipo de “baby fútbol”, él de puntero derecho (cuando todavía se usaba) y yo de “centro fóbál” como decía el director técnico del cuadro: el “Serrucho Barboza” apodado así porque tenía dientes de un solo lado y una barba desprolija y larga más propia de guerrillero en la Sierra Maestra que de conductor de niños futbolistas.-

Un día, cuando nos preparábamos para la final de la categoría a disputarse el fin de semana siguiente, el Serrucho me llamó aparte y me dijo:

- Negro, vos tenés que tomar el ejemplo de Galán. Mirá su silueta, delgada y atlética. Advertí cómo entrena y fijate si no se justifica que en la cancha tenga, después, esa velocidad que determina que no lo pare ningún “jás” ni lo alcancen los guadañazos de los rivales. Negro, vos estás comiendo mucho y entrenando poco. Si no parás de hacer lo primero y empezás a dedicarte a lo segundo, vas a acabar mal. En cambio, el “Flaco Galán” está pa’ jugar en primera división ... Hoy te levanta a vos los centros, pero dentro de unos años se los va a tirar al número 9 de la selección. No te olvides. Mirá que yo sé de fóbál y no me equivoco ...

Pero El Serrucho no era el único que auguraba semejante futuro a Galán. Todos creían lo mismo. Nuestros compañeros, los padres de nuestros compañeros y la mayoría de nuestros rivales. Galán estaba destinado a las grandes ligas y yo -en cambio yo- terminaría siendo un gordito más ... y lo miraría por TV.-

La visión de los técnicos de baby fútbol era proverbial. Vislumbraban que uno llegaría a “crack” cuando recién había debutado. Pero El Serrucho no embocó una. Apostó tan mal en lo que a sus dirigidos se refería como a los caballos en Maroñas. Aunque anduvo siempre sin un peso, se las ingeniaba para conseguir lo necesario para apostar en las carreras, aprovechando de alguna “fija” que le pasaban muy malos informantes; porque jamás embocó un buen premio.-

Envejeció pobre, alcohólico y solitario ya que lo más importante que hizo en su vida fue haber dirigido, durante décadas, aquel cuadrito de fútbol barrial. El Flaco Galán no tuvo buen mentor y un día dejó el deporte. También dejó los estudios por la mitad de la secundaria, cuando todavía éramos condiscípulos, y se fue a vivir al Interior, en un tambo que tenía el abuelo. Volvió tiempo después, convertido en ese obeso que es hoy, económicamente fundido y espiritualmente demolido por el rigor de una vida que le fue ingrata desde todo punto de vista.-

Un empleo público (sereno de la sede de la banda municipal del departamento) que consiguió seguramente con la tarjeta de recomendación que obtuvo en algún Club Político, le garantizó una existencia menos azarosa, rodeada de la rutinaria mediocridad que necesitaba. De día, comía y dormía en casa. De noche, entraba a trabajar cuando se iba el último músico, encendía la radio y se sentaba para volver a comer y dormir, aunque cada pocas horas (que nadie controlaba cuántas) hacía una ronda de vigilancia por el edificio, para volver a los 15 minutos a dormir y comer ...

Había dejado de verlo al terminar segundo de liceo y lo reencontré en el velorio de El Serrucho, 30 años después. Ni lo reconocí, tal era el grado del cambio en su figura. Pero él se me apersonó y obligó a adivinar quién era. No sé cuántas chances me dio pero estoy seguro de que no fue en las diez primeras que acerté, cuando ya no me quedaba más nadie a quien recordar a quien pudiera asemejársele.-

Nos abrazamos y me dijo:

- ¡Negro! Estás igualito. ¿Y a mi cómo me encontrás?

Era tan obvia la respuesta –ya que ni le había reconocido- que me pareció una ingenuidad hacer la pregunta. Pero habría sido una maldad responder la verdad y le dije que me parecía el mismo de siempre ... Quizás debí decir: el mismo ingenuo ...

Luego de breve charla en que intercambiamos recuerdos y nos preguntamos recíprocamente a quién de nuestros amigos de la infancia habíamos seguido viendo, nos separamos con un nuevo abrazo y la promesa, nunca cumplida, de volver a encontrarnos.-

Pasaron diez años, pero cuando lo vi ascender al ómnibus supe que era él sin lugar a duda alguna. El Flaco Galán, que de flaco no conserva nada y de Galán, solamente el apellido.-

E.B.A. (Octubre 2007)

No me gusta hablar de mi.-

No me gusta hablar de mi. Al menos, no me gusta hacerlo delante de tantos desconocidos. No es modestia, sino timidez. No puedo dejar de invocar el caso de aquel amigo mío tan soberbio y monotemático que se solazaba hablando de sí mismo en toda reunión social y cuando a todos había hartado contando sus supuestas virtudes e inventando fantásticas historias que lo tenían por protagonista, si advertía algún atisbo de aburrimiento, entonces, espetaba:

- Bueno mis amigos, por hoy basta de hablar de mi. Pasemos a otro tema y hablemos de Ustedes ... Y hablando de Ustedes ... ¿Qué opinan Ustedes de mi?

Como dije al principio, no me gusta ni quiero hablar de mi, pero desde que “Punto de Encuentro” me reservó este espacio en su Boletín, que su Directora tituló “La Columna de EBA”, y una vez que yo mismo comprobé el lugar que tenía destinado a mis escritos, me pregunté si no sería necesario presentarme ante los lectores (¿habrá alguno?).-

Si la publicación de mis textos se hubiese hecho en una vía tradicional (esto es, en forma impresa) a mí me habría correspondido algo así como la “página central”. No estaría mal, para ser casi un debutante y teniendo en cuenta que las estadísticas demuestran que el 40 % de los lectores de diarios y revistas empiezan su ojeada por la página de atrás y que de la otra mitad, un 40 % empieza por la primera plana y el resto acude directamente a la página del medio.-

Pero tratándose de ese sistema de publicación no impresa, la “página central virtual” se convierte en una especie de estación en la que el lector se detiene a descansar o para atender el teléfono e ir al toilette, antes de seguir de un tirón hasta el final del “Punto y Aparte News”, cada vez más extenso, tanto como más interesante.-

¿Porqué presentarme, dirán Ustedes? Si es que –como espero- alguno/a se ha detenido a leerme. Y le respondo:

- Porque la firma EBA muy poco informa acerca del escribiente, como para que algunos se interesen en lo que diga y otros sepan a quién dirigir sus quejas y reproches.-

Si en vez de EBA, fuera EVA, coincidirán conmigo en admitir que la firma estaría mucho más justificada en este boletín de una organización que se fundó por y para mujeres. Pero como EBA es un nombre, apodo, mote, alias o seudónimo que no proporciona información de género o sexo de su titular, no estaría de más empezar por aclarar que no soy mujer. Me constituyo -en consecuencia- en algo así como una “quinta columna” en medio de esta institución que no es feminista pero sí bastante femenina.-

Si no soy mujer y sé leer y escribir (aquello lo hago más o menos bien y en esto me defiendo como puedo) inferirán que sea un hombre ... ya que no un perro, ni una lombriz ... digo yo ...

Y bueno, por ahora, es todo lo que estoy dispuesto a informarles. Soy una especie de “colado” en este Punto de Encuentro. No obstante, espero poder tener siempre algo interesante o entretenido para contar. Y espero, también, que no me agarren de punto, por

eso mero motivo, porque en tal caso, pondría punto final a mi tarea y pegaría un puntazo a este boletín, mientras algún otro se pusiera a punto y viniera a sustituirme.-

Hechas estas puntualizaciones y puestos los puntos sobre las íes, me despido hasta el próximo “News”, ocasión en que volveré puntualmente a comunicarme con Ustedes con alguna narración de ficción, crónica, artículo u opinión que tal vez les resulte interesante. Y, si no, embrómense y punto.-

E.BA. (Octubre de 2007)

Ciclismo

A los veinte años era un joven apuesto, simpático y ganador. Había estudiado inglés desde pequeño y, en un viaje a Estados Unidos, su buena apariencia, una simpatía innata y una inusual desinhibición lo vincularon con gente del mundo de la publicidad. El buen dominio del idioma inglés le brindó la posibilidad de acceder a un contrato como modelo publicitario que resultó muy ventajoso y le invitó a quedarse a vivir un tiempo en aquel país. De la publicidad pasó a la TV y el cine en breves papeles donde sólo hizo gala de su buena pinta, pero nunca de dote alguna para la actuación. Por eso su carrera fue muy breve, pero bastante como para que regresara a Montevideo rodeado del aura de quien había triunfado en la Meca del cine. Si bien tal afirmación no era en absoluto cierta, él supo explotarla y estimular su difusión lo necesario para atraer sobre sí las miradas del sexo opuesto con fascinación y las del propio con envidia.-

Con el escaso capital ahorrado y la cuantiosa suma que una señora de sociedad (que fue su primera y más firme admiradora) le puso a disposición, abrió su primer negocio vinculado con la “movida” nocturna. Era la Boite de moda, cuando así se llamaba –todavía- a las que hoy son meras discotecas o boliches. Había invertido un dineral en su decoración pero la clave del éxito, si no me equivoco, estuvo en aquella enorme cantidad de retratos con que había tapizado las paredes hasta el más recóndito de los rincones. En la mayoría de ellos aparecía acompañado de alguna celebridad del mundo del espectáculo. Tratábase de esas figuras con quienes, de vez en cuando, había compartido algún breve instante en la misma habitación y con quienes, aunque ni siquiera los hubieran presentado, y a penas intercambiado alguna palabra, se había tomado siempre fotografías en que todos lucían como si fueran los más íntimos amigos. Así se había munido de una formidable colección que mostraba con orgullo al tiempo que contaba alguna anécdota –siempre inventada- que lo vinculaba con la estrella de cada cuadrado.-

Con el tiempo, terminó por convertirse en una de esas figuras que decoraba cualquier fiesta de sociedad. Y sólo se consideraba que una reunión, festejo, inauguración o lanzamiento era exitoso, si contaba con su ornamental presencia. Porque a él apuntaban las cámaras de la televisión, los fotógrafos de las secciones sociales de la prensa y las miradas de todas las damas.-

El resultado económico de su negocio nocturno fue bastante bueno desde el punto de vista empresarial y aunque no pudo devolver el capital prestado (ni nunca le fue

reclamado por la mutuante que se le cobró en especie y con elevados “intereses”), habría permitido prosperar a cualquiera que administrara con esmero sus recursos.-

Pero Marcial -“Marchi” para su amplio núcleo de relaciones- dilapidó todo lo que ingresaba invirtiéndolo “en mujeres ligeras y caballos lentos”, como le solía reprochar alguno de sus más equilibrados amigos. No era suficiente que alguna adinerada mujer madura le facilitara el sustento a cambio de los favores de su compañía, porque con ello sólo se vestía (siempre a la moda y con lo más suntuario) o se procuraba un medio de locomoción (el más vistoso descapotable o la motocicleta de gran cilindrada) y financiaba sus vacaciones (un crucero por el Caribe o el mes de enero en Punta del Este). Marcial gastaba en fiestas, copas, opíparas cenas, y vistosas “starlettes” que -cuando estaban de turno- solían recibir el agasajo de los más caros obsequios.-

Pero Marcial no sólo dilapidó fortunas -generalmente ajenas- sino que consumió salud y futuro y gastó su vida propia. A los 30 años ya llevaba una década de vida de desenfreno, según había aprendido en su efímero pasaje por Hollywood. Su dieta era tan nociva como irregular. De los más grandes atracones y la más malsana y abundante de las cenas, pasaba al ayuno más severo porque, eso sí, había que conservar la silueta, fuente de su prestigio y motivo fundamental de su éxito social. Dos cajas de cigarrillos diarias y algún habano que otro, le habían saturado de impurezas las vías respiratorias. La abundancia de bebidas alcohólicas le maltrataba el hígado y el ardiente sol de los mediodías (era lo más temprano que solía madrugar), al que se exponía metódicamente para conservar el bronceado que le prestaba la apariencia de una buena salud que ya no poseía, le arrugaba y afectaba la piel. El estado de su sistema vascular no era visible pero los índices de todos sus análisis denunciaban el deterioro propio de un físico mucho más viejo que lo que a su edad correspondía.-

Celebró sus 40 años en una fiesta fastuosa que sufragó la viuda sexagenaria y rica que lo exhibió en el cumpleaños como su más reciente conquista. Conservaba, aún, toda la apariencia exterior necesaria para mantener el prestigio de “play boy maduro”. Pero ni su estómago ulceroso, ni sus arterias obstruidas, ni sus pulmones cada vez más dañados, ni su deficiencia cardíaca coincidían con el aspecto del envase. Dentro de ese cuerpo de vida tan desordenada, los órganos muy maltratados esperaban que uno fallara para colapsar todos juntos y presentar reclamo al autor de semejante desaguisado.-

Marcial predicaba a los cuatro vientos las bondades de la vida que había llevado (y que muchos siempre envidiaron) porque -solía decir- cuando me llegue la hora ¿Quién me ha de quitar lo bailado? ... Pero es que no se trata de que te quiten lo bailado sino que, cuando llega el momento del derrumbe, de lo que se te priva es de la posibilidad de volver a bailar. Y eso, precisamente, fue lo que ocurrió cuando después de haber trasnochado habitualmente durante tantos años, una madrugada, mientras los vecinos se levantaban para ir a trabajar y él regresaba de una agitada celebración, después de depositar en su casa a aquella modelo veinteañera con la que se mostraba en cuanta fiesta frecuentara, (cuyo ritmo de vida se esmeraba en seguir pero ya casi no conseguía), se desvaneció en la puerta de entrada de su apartamento.-

La unidad de emergencia que lo asistió debió trasladarlo a un sanatorio y en la sala de cuidados intensivos despertó unas horas más tarde, sin entender bien donde estaba pero consciente de que en el momento del síncope, y al caer en el umbral de su

residencia, había estado a punto de trasponer el que le habría podido dar acceso al sueño eterno.-

Debatiéndose entre la vida y la muerte, transcurrió más de 15 días. Pero se recuperó; si no es exagerado suponer que haya recuperación cuando se salva la vida pero ésta se conserva dentro de un envase estragado, un físico en la ruina más absoluta y en el más inestable de los equilibrios.-

Al darle de alta, el médico –un buen amigo que le conocía bastante íntimamente- recomendó un cambio radical en su vida, si es que deseaba realmente conservarla. Y Marcial, que no era tonto, comprendió que si no le hacía caso, claudicaría en el siguiente síncope. Aceptó modificar sus costumbres porque intuyó que una vida con privaciones de aquellas cosas que hasta ese momento había sobrevalorado (y de las que había abusado a mansalva) bien valía más que esto de lo que había estado a tan sólo un paso.-

- Marchi, -dijo el médico al despedirse de él, en la puerta del sanatorio donde había estado internado-, por ahora y por mucho tiempo, dieta severa, ayuno alcohólico, abstinencia sexual y caminatas periódicas. Nada de tabaco, pocas trasnochadas, horarios regulares y descansos oportunos. Cumplí con eso, ingerí la medicación indicada y volví a verme en un par de semanas para que analicemos el futuro y te indique cómo tendrás que seguir.-
- Creo que aprendí la lección, -respondió Marcial- y no voy a defraudarte. Si hasta ahora fui un ejemplo del desarreglo y el desorden, procuraré convertirme, desde hoy, en el paradigma de la vida sana y regular.-

Cumplió con las prescripciones del médico amigo y regresó a verlo a los 15 días, ocasión en que después de moderarle las dosis de la medicación, le dio indicaciones claras acerca del tipo de vida que debería llevar en el futuro.-

- Lo más importante, -le aconsejó al final de la charla- es que no vuelvas a tener una vida sedentaria cuya única agitación consista en cambiar de la cama de una jovencita de fina silueta a la de una viuda entrada en carnes y años. El ejercicio, practicado con moderación pero completa constancia es fundamental para ti. Y te aconsejo compres una bicicleta y empieces a practicar ciclismo diariamente. Nunca menos de 20 minutos al principio y a ritmo lento, pero de a poco a verás que podrás ir aumentando el tiempo y la velocidad. Es sano, constituye un buen ejercicio aeróbico, te mejorará el estado general; y practicado al aire libre, constituirá una actividad entretenida además de saludable. Te va a entusiasmar y verás que muy pronto se te convertirá en una necesidad.-

Marcial también cumplió con esta segunda y definitiva etapa del plan elaborado por el médico para su plena recuperación e incorporación a una vida normal y salubre. Lo hizo a rajatabla. A los tres meses, ya en pleno verano, hacía dos excursiones ciclísticas por día desde su apartamento del centro hasta el arroyo Carrasco. Disfrutaba del paseo, purificaba sus pulmones, entrenaba su musculatura y recuperaba una apariencia que había ido perdiendo junto con la resignación de su buena salud.-

- La bicicleta me salvó y modificó mi vida, – me contó la última vez que lo crucé por la Rambla de Pocitos- no dejaré de recomendarla porque es formidable y ya a ves hasta qué grado me ha cambiado el semblante ...

No tuve posibilidad de escuchar el resto de su discurso porque empezó a recitármelo apenas nuestras miradas se cruzaron, estando a diez metros uno del otro, y se perdió en el barullo de la Rambla cuando -como exhalación- pasó a mi lado sin detener su vehículo de dos ruedas, sonriendo y saludando con su mano derecha.-

Y hoy pienso que es cierto que la bicicleta le cambió la vida a Marcial. Pero, como me parece de mal gusto, hago un esfuerzo por rechazar la ironía de recordar hasta qué punto le había cambiado el aspecto debido a la bicicleta. Sobre todo en este momento, en que acabo de venir de la sala en que lo están velando desde anoche, porque en el paseo vespertino de ayer, un autobús que no se detuvo en la esquina, lo atropelló e hizo estrellar su cabeza contra el pavimento.-

E.B.A. (Octubre de 2007)

Lógica absoluta

No transcurre día en que no sepamos de algún trágico accidente de tránsito. Lamentablemente, la sensación que tenemos es la de que cada vez hay más choques y cada vez son más las víctimas mortales. Cuando no es la muerte el destino del accidentado, lo son secuelas espantosas. Está lleno de parapléjicos, cuadripléjicos y paralíticos que renunciaron a una vida normal en su juventud, por haber incurrido en las habituales imprudencias que motivan los accidentes de tránsito.-

Se han hecho campañas educativas sin mayores resultados. Se ha difundido información, hecho publicidad de la que nos impresiona y conmueve, con el propósito de cambiar nuestras conductas. Pero no hay resultados positivos a la vista.-

Hace tiempo que el tema me obsesiona y he procurado estudiarlo en profundidad para ver si encuentro alguna idea que pueda proponernos un cambio. Mal que me pese, empiezo a dudar de la corrección de las políticas llevadas a cabo hasta la fecha en este dominio. Mis apreciaciones son el fruto de cuidadosos análisis que parten de estadísticas incuestionables.-

Y si lo que desean es comprender a qué me refiero, vean lo siguiente:

La probabilidad de padecer un accidente de tránsito aumenta en la misma proporción en que aumenta el tiempo que uno pasa en la calle. Esto parece tan obvio que no requiere explicación ya que -a la vista está- la calle no es un lugar seguro. Consecuentemente, cuanto más rápidamente circules, antes llegarás a destino y menos tiempo permanecerás exponiéndote a los riesgos de un accidente.-

Pero, además, resulta que el 33 % de los accidentes mortales involucran a conductores que han ingerido alcohol. Por tanto, se infiere de ello que un 67 % de los accidentes con resultado de alguna muerte son causados por quienes nada habían bebido.-

A la vista de ambos estudios estadísticos, no puedo sino concluir que la forma más segura de conducir es yendo borracho y a la mayor velocidad posible ...

La lógica absoluta de mi deducción contradice, no obstante, lo que el común de los mortales supone y -peor aún- la idea implícita en cada campaña que hacen las autoridades procurando erradicar los accidentes.-

Ahora entiendo porqué es que no avanzamos; ahora percibo el motivo por el cual los accidentes graves de tránsito van en aumento día a día.-

E.B.A. (Noviembre de 2007)

Ladrando por un sueño

Salí de la oficina en hora y me dirigí caminando velozmente a la parada del ómnibus para no perder el que pasa a las ocho y me deposita a dos cuadras de mi casa media hora más tarde.-

Ese día, mis compañeros de trabajo no habían hecho otra cosa que comentar la emisión de la noche por televisión. El programa argentino de Tonelli estaba llegando a las instancias finales, aunque cada vez que una medición del rating les daba buenos resultados, inventaban alguna forma de alargar su duración para aprovechar la adhesión del público.-

El programa consistía en la extensión de la enésima versión de aquel “cantando por un sueño” que se había emitido unos cuantos años antes con singular éxito. Con escasas variantes, Tonelli empezaba el programa presentando, a los gritos, un conjunto de parejas que se integraban con un ilustre desconocido a quien, si resultaba finalmente ganador, se le permitiría ver cumplido algún sueño, y un muy ilustre y reconocido integrante de la farándula universal. A las versiones de Cantando, Bailando y Patinando por un Sueño con que se inició la serie, siguieron “Bordando”, “Comiendo”, “Saltando”, “Manejando” y hasta “Pelotudeando” por un Sueño, con que se siguió hasta el hartazgo emitiendo programas que vendían a sumas cuantiosas el segundo de publicidad y daban pie para que otros veinte o treinta programas de televisión y todas las revistas del corazón tuvieran argumento suficiente con que colmar horas de emisión o toneladas de papel, según el caso.-

Tonelli ya está viejo, se ha casado por quinta vez con una de las bailarinas que presenta en su programa, sigue gritando en cada presentación como lo hace desde el primer día, pero su voz ya no es la de antes, el poco cabello que le queda debe ser blanco pero lo percibimos negro azabache gracias al inefable teñido con que pretende ocultar el paso del tiempo pero que no es disimulable ni con la faja en que ciñe el prominente vientre criado a lo largo de tanto tiempo.-

Este año el programa se llama “Ladrando por un sueño” y consiste en lo mismo en que consistieron todos sus precedentes, sólo que los participantes son perros y perras. Cada pareja se conforma con un ilustre desconocido y un conocido ilustre.-

Con Rin Tin Tin ladra a dúo Cachita (una fox terrier joven y tierna); a Lassie le ha tocado de compañero el Sultán, un ovejero belga de ladrido muy afinado y elegante prestancia; con Scoobie Doo ladra la Manchita, una callejera vieja que es de la más pura raza impura y al famoso San Bernardo Beethoven le ha tocado en suerte la compañía artística de Laica, una bellísima perra salchicha de patas tan cortitas que es capaz de pasar por debajo de la barriga de su pareja (en puntitas de pie) sin siquiera rozarle la panza con la cola.-

Para qué seguir con la enumeración de los concursantes que, la verdad sea dicha, son todos de muy buen nivel, tanto los que ya son consagradas figuras como sus “soñadores” partenaires. Y ni qué decir del interés formidable de los “sueños” y aspiraciones que cada concursante ha planteado pero que sólo el ganador verá cumplirse.-

Un caniche oscuro y pituco -Poppy de nombre-, aspiraba a financiar una sucursal de la Sociedad Protectora de Animales a instalarse en Vichadero. La hermosa hembra Boxer a quien conocen por Nina proponía un programa de castración de todos los perros callejeros y “planchas” que deambulan por la ciudad, sometiendo a acoso sexual insoportable a todas las perras de familia. Y aquel bull terrier de aspecto imponente y mandíbulas poderosas proponía una línea de crédito hipotecario bancario para construir casillas en propiedad horizontal a lo largo y ancho de la República ...

No importó que esa tarde hubiera renunciado todo el Gabinete en pleno y el Presidente hubiese anunciado una Cadena Nacional de Radio y Televisión en que daría cuenta a la población de las razones de la grave crisis política, así como de las medidas adoptadas para enfrentarla. Todos los asesores del Jefe de Estado le aconsejaron diferir su mensaje por 24 horas para evitar interferir con el último programa anual de Tonelli.-

En nada incidió que esa mismísima noche se disputara la final de la Copa Libertadores de América con participación de dos equipos uruguayos que -por primera vez en la historia- llegaban conjuntamente a semejante instancia de este campeonato.-

Ni el propio desembarco del hombre en Marte habría logrado distraer nuestra atención, así fuese transmitido en directo y a la misma hora. Cuando llegó la ocasión del comienzo, mi señora, mis hijos y yo habíamos convertido el círculo familiar en un semicírculo, conformado éste alrededor del televisor. Ninguno de nosotros quiso cenar porque la ansiedad y el nerviosismo no nos lo permitían. Ni tampoco nos lo permitía la completa ausencia de comida ya que nadie había querido cocinar esa tarde. Porque a la hora en que mi señora habitualmente se dedica a esos menesteres, había estado siguiendo compenetradamente los programas televisivos de chimentos faranduleros que, desde la primera hora de la tarde, venían emitiendo sus pronósticos, entre un montón de chismes, habladurías, comadreo y fabulaciones que hacían la comidilla del “Jet Set” y narraban los embrollos e intrigas de cada uno de los personajes que participaba en el mentado concurso.-

La conductora de uno de ellos, Emiliana Pelirrossa, aportó escandalosas revelaciones acerca de los adúlteros amores entre Rin Tin Tin y Lassie, mientras que el muy profesional Gallino, informante de un programa competidor, desnudaba en pantalla las intimidades de una desvergonzada y equívoca relación entre Beethoven y Scoobie

Doo mientras fruncía la boca y quebraba la muñeca en ademanes tan amanerados como el tono de su propia voz.-

Con británica puntualidad, Tonelli abrió el programa vociferando “¡Buenas Noches América!” y el tono empleado nos obligó a bajar el volumen para no ensordecernos. Por la ventana que daba a la calle, un millón más de “Buenas Noches América” proveniente de otros tantos televisores que sintonizaban el mismo canal, se filtró como para ponerle el eco a la muletilla. Y tras presentar al prestigioso jurado encaró el veterano conductor el comienzo del último capítulo del concurso.-

De principio a fin, los integrantes de la familia se llamaron a silencio para no privar a nadie de los alaridos de Tonelli, los sesudos comentarios de los integrantes del Jurado o los deliciosos y profundos aportes de cada participante.-

El suspenso dominó el ambiente. La tensión fue ascendiendo minuto a minuto y la atención de los televidentes no pudo distraerse ni un solo momento, so riesgo de perderse un ladrido de Tonelli o un aullido de la canina concurrencia. En casa habían corrido apuestas y cada perro tenía su hinchada. Aguardábamos, expectantes, el pronunciamiento del Presidente del Jurado, el veterano Gerardo Sonofábich, que se preparaba a leer el veredicto.-

Pero al final, una vuelta de tuerca inesperada nos sorprendió a todos porque, aunque no habíamos podido constatar sus enormes virtudes (seguramente imputable a nuestra supina ignorancia) la vencedora resultó ser la cocker spaniel de la quinta esposa de Tonelli ...

E.B.A. (Enero de 2008)

La revancha

Todo ocurrió después de un desengaño amoroso que, además de ser un duro fracaso sentimental le propinó un fuerte golpe a su ego y lo deprimió al extremo de que sus amigos temiésemos cometiera una “tontería” (eufemismo con que aludíamos a la posibilidad de que se lanzara desde un décimo piso en caída libre, cortara sus venas o se tragara tres docenas de píldoras del más poderoso barbitúrico).-

Rolando se había casado con la novia de la adolescencia a quien conociera en el colegio y con quien compartiera, primero, un banco de escuela y, veinte años más tarde, tres hijos.-

Tan seguro estaba de la fidelidad de su esposa como podemos estarlo hoy día de que Uruguay no será el próximo campeón mundial de fútbol.-

Tanta certeza le había llevado a incurrir en ciertos excesos y cometer pecados que Cristina ignoraba o simulaba desconocer o admitía y perdonaba.-

Pero una tarde de un día, cuando Rolando volvió a su casa después del trabajo, encontró que no quedaba en ella más que la cama en el dormitorio aunque sin colchón, ni sábanas. Ni un mueble, ni un adorno, ni un electrodoméstico. Apenas la ropa de Rolando y un par de álbumes de fotos, aunque en estos sólo se conservaban las que tenían su imagen.-

De su mujer y sus hijos, no quedaba otro rastro que el destrozo provocado para desconectar la cocina, desamurar los muebles, descolgar los cuadros y levantar las alfombras.-

Cristina y los tres hijos se mudaron y lo abandonaron para siempre y de nada sirvió pelear en los tribunales la recuperación de la tenencia de los niños, porque no la obtuvo y debió conformarse con una visita semanal y una semana de vacaciones anual con ellos.-

Su primera reacción fue el desconcierto, luego una bronca inmensa y, después, una gran depresión. Fue así que temimos lo peor, pero nos turnábamos sus amigos para no dejarlo solo y fuimos aconsejándole olvidar y rehacer su vida porque, en el fondo y a pesar de los errores, Rolando era uno de esos que, aunque algo misógino, llamamos “buen tipo” y mejor amigo de sus amigos.-

De la honda depresión empezó a emerger cuando se le cruzó la primera mujer en que depositó sus ojos y su atención después de la ruptura matrimonial. Y de nuevo en la euforia, se colocó a partir del momento en que, jurando no volver a tener nunca más una pareja, decidió que la mejor manera de no incumplir su promesa era mantener más de una relación sentimental al mismo tiempo.-

A poco de estar saliendo con María, cuando ya empezaba a interesarse demasiado el uno en el otro, decidió que debía buscar a una segunda novia pero sin dejar de lado la relación con la primera.-

Sus compañeros de oficina, sobre todo los casados, en algunos aspectos, envidiábamos a Rolando. Era bastante apuesto, relativamente culto y gozaba de buena posición económica; estaba libre de compromisos materiales porque su mujer, al abandonarlo, ni siquiera había querido depender de pensión alguna para ella y sus hijos. Era un hombre bromista, entretenido, atractivo y activo. Le alcanzaba con dormir unas pocas horas por la noche y quedaba descansado y fresco como para empezar jornadas que prolongaba siempre hasta muy tarde.-

No le costó mucho conocer y seducir a Silvia y a poco de haber empezado a salir con María, ya lo estaba haciendo simultáneamente con aquélla y con ésta.-

Decía que ambas le proporcionaban una gran felicidad pero lo que más disfrutaba y adicionaba un gran interés al asunto era la adrenalina que le provocaba la situación. Debía procurar dedicarles el tiempo suficiente a una y a otra, construir argumentos cuidadosos para eludir compromisos en que pudieran coincidir, organizar sus horarios para que ninguna sospechara y –casi siempre- hacer más de una vez lo mismo, el mismo día, con dos compañeras diferentes, sin que lo traicionara nunca el subconsciente, ni se le deslizara el nombre equivocado en la ocasión impropia.-

A ambas juró y perjuró amor eterno y la fidelidad más absoluta. Con ambas llegó a intimar al extremo de que proyectaran vivir juntos, casarse, tener hijos y envejecer en pareja, aunque estaba completamente convencido y dispuesto a incumplir el compromiso.-

Pero llegó el momento en que su proyecto de bigamia clandestina ingresó en una especie de equilibrio total que fue devolviendo a su vida cierto grado de rutina, ya que una vez que dio por suficiente y sólidamente armado el tinglado que montó para mantener la simultaneidad de ambas parejas, las cosas se le volvieron casi fáciles; empezó a perder el interés que aportaba el peligro, la necesidad de conspirar permanentemente, construyendo un mundo superpuesto con el otro pero ambos diametralmente opuestos y –sin embargo- coincidentes en el tiempo.-

María era una noctámbula. Se había dedicado al modelaje desde la juventud y -a los 30 años- conservaba una extraordinaria figura y un rostro particularmente bello. Dirigía una agencia de modelos de su propiedad y todavía oficiaba de modelo publicitaria para diversas tiendas de indumentaria femenina y una conocida marca de perfume. Nunca se levantaba antes del mediodía ni se acostaba hasta pasada la madrugada. Gustaba de frecuentar todo tipo de local nocturno de diversión y concurría a cualquier fiesta o encuentro social de que tuviera conocimiento. Pasaba muchas horas frente al espejo procurando lograr esa apariencia exterior que se había constituido en la esencia misma de su propia vida. Pero, aunque hábil en su actividad profesional que resultaba exitosa, nunca demostró muchas luces que pudieran justificar la posibilidad de que aquel atrayente embalaje llegara a envolver una inteligencia medianamente aceptable.-

Fue, de la dos, la que menos trabajo dio a Rolando en su tarea de ocultar la existencia simultánea de las dos relaciones sentimentales. Un poco por excesivamente crédula y otro poco por el exceso de confianza en sí misma, consecuente al formidable éxito que desde los 15 años había tenido, siempre, con los hombres. Rolando la acompañaba sólo a la mitad de las salidas nocturnas (que eran casi diarias), so pretexto de que cada uno debía mantener la necesaria independencia profesional y de que, para ella,

toda esa “movida” generalmente estaba vinculada con el trabajo más que con la diversión. Aunque esto era una media verdad porque a María, el trabajo que había elegido mucho la divertía y la actividad la desempeñaba en sitios, ambientes, horarios y entornos a los que la gente iba a divertirse.-

A María le gustaba Rolando. Le parecía un hombre apuesto (que lo era) y ello resultaba suficiente como para que le colmara la expectativa que se había generado acerca de cómo debían ser un novio y un marido. Pero, además, era simpático, entretenido y exitoso, en grado suficiente como para suscitar entre las damas ese sentimiento que todas desean que despierte su propia pareja, para sentirse un poco envidiadas y bastante admiradas, tanto como -pensaba María- cuando se presentaba en una fiesta estrenando un formidable vestido exclusivo de alta costura o un peinado modelado por el mejor y más vanguardista de los coiffeurs.-

Silvia estaba en las antípodas de María en todo, salvo en su apariencia física porque no era menos bonita que aquella. Pero, en su caso, la belleza era mucho más natural porque jamás se la veía muy maquillada, ni peinada a la moda, ni vestida con nada que pudiera llamar la atención de los hombres y provocar la envidia de las mujeres. A los 26 años había concluido la carrera de medicina y cursaba el postgrado en pediatría. Trabajaba muchas horas al día en diversas mutualistas y estudiaba por las noches.-

Rolando la conoció durante el verano, mientras ambos gozaban de unas breves vacaciones y coincidieron en una reunión social a la que aquél había concurrido sin la compañía de María, por la sencilla razón de que ella organizaba esa misma noche un desfile de modelos. Para llamar la atención primero y conquistar, luego, a esa joven que le impresionó muy favorablemente desde el principio, Rolando no tuvo más que mentir. Simuló ser quien no era, se esforzó para representar el papel de quien se le ocurrió que podría interesar a esa chica que, además de muy mona, era sencilla, trabajadora, estudiosa, inteligente y muy culta.-

Rolando actuó como si sus gustos e intereses fueran coincidentes. Y en poco tiempo la cautivó, en base a unos pocos sacrificios como los de tener que acompañarla a alguna conferencia que le aburría, a muchos conciertos de la música clásica que aborrecía o a ver una de esas películas de autor, donde a lo largo de dos o tres horas los directores plantean unas tesis que sólo los críticos cinematográficos entienden y concurren a ver nada más que los snobs y los intelectuales. Pero, a cambio de todo eso, pronto la tuvo en su cama y pudo disfrutar de una amante como no recordaba haber tenido ninguna otra en toda su vida.-

Es cierto que Rolando gozaba de ambas relaciones de una manera absolutamente epidérmica, aunque a ambas hubiese jurado eterno amor. Y también es cierto que más que de la buena compañía que, cada una en su medida, le proporcionaba, Rolando se complacía y saboreaba -casi en el gado de un verdadero adicto- de los riesgos que corría con la doble infidelidad. Creo que se vengaba así, del desengaño amoroso padecido, suponiendo que con su impune y desleal conducta castigaba a todo el género femenino y, especialmente, a su ex mujer.-

Como todo adicto a la adrenalina, cuando la ambigua relación se tornó casi estable, Rolando empezó a pergeñar la idea de adicionar un tercer vínculo que esperaba poder poner en el mismo plano que los otros dos. Con ello rompería el equilibrio

generado, acabaría con la rutina del par de novias, superaría el aburrimiento en que empezaba a incurrir y aumentaría el ámbito de la venganza contra el género femenino que se había propuesto el día en que padeció su primer desengaño. Fue así que “apareció” (es un decir y ya veremos porqué) Nora en su vida. Ella estaba llamada a desmoronar la armonía construida y a devolver el sabor del conflicto, la inestabilidad permanente, el albur del peligro; en pocas palabras, la nueva situación tenía que devolverle el gusto de la aventura a sus días.-

Su mundo le estaba resultando demasiado fácil y aburrido ya, porque a María y a Silvia las había convencido casi con facilidad de que lo que podía constituir alguna rareza no era más que consecuencia de su singular personalidad. Ninguna había cuestionado que no le gustara tener retratos de nadie en su casa y así es que no tenía que correr a quitar u ocultar las fotos de una de ellas cuando llegara la otra. Con ambas repartía su semana de modo que los sábados y domingos estuvieran siempre dedicados a Silvia porque María los ocupaba siempre en su actividad profesional. Por las noches era difícil que se viera con la médica, porque ella las dedicaba a estudiar y, en cambio María empezaba sus jornadas muy tarde y las continuaba hasta la madrugada. No concurría al mismo restaurant nunca con una y otra y a ambas las había convencido de que era muy rutinario y le gustaba ir siempre al mismo, que en cada caso, había elegido fuese uno bastante excéntrico, poco concurrido y ajeno a los ambientes que siempre frecuentaran.-

Ninguna de las dos tenía autorizado dejar prendas personales en el apartamento de Rolando y ambas lo habían aceptado sin protestar, convencidas de que se trataba de una mera manía de menor entidad. A ambas les había contado de su fracaso matrimonial y las dos -que lo habían compadecido- respetaban sus extravagancias, convencidas de que sus buenas razones tenía para ello.-

Rolando llevaba a una a su casa y pasaba a recoger a la otra por la suya. A veces se citaba con ambas con escasos minutos de diferencia y so cualquier pretexto -siempre verosímil- abandonaba a la primera para ir al encuentro de la segunda.-

Los amigos íntimos de Rolando sabíamos del caso y conocíamos a ambas mujeres, de modo que constituíamos el entorno social que había presentado a las dos jóvenes y, aunque parecía algo reducido, no hacía sospechar a ninguna. Aunque a alguno de nosotros no nos gustara mucho la situación, nada haríamos para dejarlo en evidencia ni provocarle un problema ya que en esa materia y en opinión de casi todos, había pagado con creces sus viejos deslices y aún muchas faltas futuras, cuando debió padecer el abandono de su esposa y la pérdida de la tenencia de los hijos.-

Con la familia más próxima de Rolando, la cosa había sido poco complicada, porque lo eximía de la obligación de presentar a sus padres su condición de huérfano, y a sus hermanos porque era hijo único. En cuanto a sus hijos propios -como ya dije- apenas los veía y aunque ambas mujeres (y también -luego- la tercera) sabían de su existencia, ninguna se preocupó nunca por conocerlos.-

Por lo que tiene que ver con tíos y primos, que los tenía Rolando, sólo había habido encuentros ocasionales con las novias pero en ningún caso se habían estrechado las relaciones como para que pudiera resultar un estorbo la necesidad de explicaciones a uno u otro lado.-

Tan fácil había terminado siendo todo para Rolando que cuando ya habían transcurrido dos o tres meses del noviazgo por duplicado, decidió hacer jugar a Nora y convertir el trío en un cuarteto.-

Rolando no eligió a Nora por su belleza; porque era muy poco agraciada. Tampoco lo hizo atraído por su inteligencia y cultura; ya que carecía de una y otra, aunque más de aquélla que de ésta. Es más, no fue Rolando quien eligió, sino que fue Nora la que lo hizo. Lo conocía desde que eran pequeños y había concurrido a la misma escuela. Le había amado siempre en secreto y había celado sigilosamente a la esposa de Rolando quien como ya fue dicho, también lo conocía desde la misma época y el mismo ámbito escolar. Nora fue de los pocos que se alegró de la separación de Cristina y Rolando y aprovechó la ocasión para aproximarse a él a manifestarle su solidaridad, bien dispuesta a consolarlo. En el período de su inicial y mayor depresión, Nora fue un apoyo solícito, atento y afectuoso. Apenas mejorada la condición psicológica de su amigo, la compañía de Nora se convirtió en una escolta pegajosa y molesta para Rolando, de la que éste no procuraba sino evadirse. Pero la adhesión de Nora, rayana en el servilismo, resultó difícil de eludir.-

Cuando Rolando recuperó su normal condición anímica, la fue haciendo a un lado de a poco y empezó a salir con otras mujeres. Cuando apareció la modelo, Nora fue la primera en saberlo y con el corazón estrujado se apartó y volvió a recluir en esa soltería que había cultivado a lo largo de sus cuatro décadas de vida. Pero, de tanto en tanto, como lo había hecho siempre, desbordada por el irrefrenable deseo de saber de él, lo llamaba, lo visitaba bajo cualquier pretexto, o maquinaba encuentros “casuales” que de fortuitos nada tenían según se ponía de manifiesto con toda evidencia a pesar de los esfuerzos de Nora por disimularlo.-

El único sentimiento que Nora había conseguido despertar en su ex discípulo había sido el de la compasión, la lástima. Otro en su lugar, hasta habría podido aprovecharse de la situación y burlado del enamoramiento de la mujer. Rolando no llegó a ese extremo de maldad, pero nunca fue excesivamente bondadoso y contemplativo o tolerante con una amiga tan devota y tenaz. En el colmo del desprejuicio, cuando decidió sumar una novia a su colección, consciente del apego de Nora, pensó en ella. De las tres, era la mayor, la única que conocía bien y desde siempre a Rolando, la menos sagaz y la más dispuesta a comprometerse en una relación sentimental. Además, era la menos dotada de belleza física. Pero su apasionada adoración la convertía, también, a esa altura de la vida en que pocas posibilidades tenía de otros amoríos, en la más vulnerable, la mujer más fácil, y -por ende- en la única de las tres que, al inicio, aceptó conscientemente la coexistencia de la relación con María y, con el tiempo, supo y admitió también, del noviazgo con Silvia.-

Un día en que Nora ideó uno de esos encuentros “fortuitos” con Rolando, éste se exhibió excesivamente galante y seductor. Aprovechó la ausencia de compromiso con alguna de las otras dos y, esa misma noche, la invitó a cenar, a beber un trago en una discoteca y, como quien no quiere la cosa y casi sin pensarlo, decidió que Nora debía ser la tercera integrante que se había propuesto incorporar al pequeño harem en formación. Después de un par de copas, aquella noche Nora cayó literalmente en sus brazos y, al día siguiente, amanecieron juntos en el mismo lecho. Rolando dispuesto a prolongar el extraño vínculo con el propósito de recuperar el placer del sabor del peligro y Nora

resignada a desempeñar el papel que el destino le asignara, aunque sólo se tratase de convertirla en la tercera amante de un incurable Don Juan.-

Todo había resultado muy fácil, pensaba Rolando, pero el tiempo ya lo iría poniendo suficientemente complicado como para que la aventura recomenzara y la elusión de obstáculos e inconvenientes le devolviera esa sensación de inseguridad y conflicto por la que necesitaba transitar para exponerse al peligro y tratar de superarlo, mediante ingenio, mentirillas, trampas, ocultaciones, ardides y coartadas de toda especie que requerían de un enorme esfuerzo. Ya no se trataba sólo de mantener a María y Silvia ignorantes de la situación, sino de procurar que Nora, por despecho, venganza o rencor, por mera inquina o con el propósito de desplazar a sus competidoras y ocupar ella sola el lugar que reivindicaba para sí, pusiera la trampa al descubierto.-

Rolando estaba radiante. El desafío de la dificultad elevada a su máxima expresión le había devuelto la dosis necesaria de adrenalina a la que se había tornado adicto. Y la superación de las dificultades, le volvía cada vez más y más seguro de sí mismo y, por ende, aún más audaz.-

Hasta que un buen día, antes de que la rutina le interrumpiera ese estado de embriaguez cercano al éxtasis con que convivía, decidió hacer la más osada de las jugadas y proyectó un encuentro de los cuatro: Rolando, María, Silvia y Nora; todos juntos, durante unos minutos, en la misma habitación. El desafío le excitaba y su aspiración era conseguir que la reunión durase todo lo que pudiera durar, sin que se pusiera en evidencia la extraña conjura.-

En poco tiempo ideó el escenario, las circunstancias y el libreto. El lugar habría de ser una cafetería céntrica, el pretexto el de una importante comunicación que deseaba hacer a tres de las personas a quienes más quería en el mundo y el libreto, el que narraré a continuación, según me fue contado por el propio Rolando a los pocos días de ocurrido.-

A cada una la invitó por separado anunciando que concurrirían otras dos personas más, todas relaciones de su más próxima intimidad a quienes quería presentes en el momento de comunicar una de las más importantes decisiones de su vida. A todas hizo creer o dio a entender aunque es seguro que no dijo explícitamente en modo alguno, que se trataría de una pequeña “fiesta de compromiso”, de esas en que, algo a la antigua, se haría oficial el próximo matrimonio. Cada una de las tres, por separado, se entusiasmó y dio por descontado que era “la elegida”. Quien más dudas habría podido tener al respecto, era la propia Nora, única que -según dije- conocía la relación de Rolando con las otras dos. Pero aunque le dio un poco más de trabajo, Rolando la convenció de que sería la elegida y el amor -que, bien se sabe, es ciego- impidió que la dama desconfiara de su irredimible galán. Para estimular su propensión a suponerse la “elegida” Rolando le dijo que irían juntos, mientras que las otras dos llegarían, más tarde y cada una por separado.-

Con María y Silvia no fue difícil coordinar que concurrieran al encuentro por sus propios medios ya que se trataba de profesionales ocupadas e independientes, con quienes muchas veces había operado del mismo modo. Las dos fueron convocadas para las ocho de la noche de un día viernes. Pero a una, tomó la precaución de citarla en una esquina próxima a la confitería y a la otra, en la esquina opuesta de la misma cuadra. Mientras tanto, él concurreó con Nora una hora antes, se sentó en una mesa algo alejada de la puerta y la invitó con el primer trago. La desbordante alegría de Nora, poco iniciada

en el arte de beber, la incitó a tomar un whisky. Pero terminado el primero, Rolando la forzó a beber otro y el tercero lo pidió (casi lo reclamó) ella misma, sola y espontáneamente. Apenas pasadas las ocho, Nora bebía su cuarta copa, pero hacía rato que había perdido algunas inhibiciones, era incapaz de ponerse de pie sin denunciar su embriaguez y arrastraba la lengua al hablar, mientras le resultaba difícil enfocar la mirada en la propia cara de su compañero de mesa.-

Rolando, sabiendo de la impuntualidad de María y de las múltiples ocupaciones de Silvia, les había rogado encarecidamente puntualidad y tan serio había sido todo su planteo que ambas fueron más puntuales que nunca ese día. A las ocho y cinco Rolando se asomó a la puerta de la confitería y se aseguró de que ambas estuvieran en sus respectivas esquinas. Inmediatamente, con un mensaje de texto irradiado simultáneamente a las dos desde su teléfono celular, anunció que ya se encontraba en la confitería desde hacía un momento, en compañía de una invitada arribada con anticipación y les rogó se allegaran a la brevedad.-

Transcurrido menos de un minuto, María asomó su cabeza por la puerta de entrada y los buscó con la mirada hasta advertir su presencia. Inmediatamente detrás de ella (sólo un instante después) ingresó Silvia, a quien con un ademán le señaló Rolando dónde estaban. Las dos llegaron a la mesa al mismo tiempo y él las esperó de pie junto a Nora que, a esa altura, como ya dije, estaba más pendiente de su vaso de whisky que de otra cosa e imposibilitada de fijar la mirada en nada, sin que el entorno girara como una calesita a su alrededor.-

- Queridas mías ... - dijo Rolando mientras estrechaba a cada una en un abrazo, velando no besar a ninguna en la boca, cosa que no extrañó a María muy cuidadosa de no desarreglar su prolijo y profesional maquillaje, ni a Silvia, más interesada en descubrir la identidad de ese despojo sentado a su lado y la luminosa belleza que llegaba en el mismo momento que ella.-
- Las he reunido en este momento tan especial de mi vida porque las tres significan mucho para mi. Se trata de las tres personas a quienes más quiero y a quienes quiero comunicar, antes que a más nadie, la importante decisión que cambiará mi futuro. -

Las tres le miraron algo confusas. Nora con la desorientación propia del borracho y seguramente ajena a sus dichos. María y Silvia algo azoradas por esa “mise en scene” y ese discurso tan impropio del Rolando que conocían. Pero la sorpresa de la situación las mantuvo a la vez alertas y expectantes, de modo que guardaron silencio mientras esperaban que Rolando terminara de hablar.-

- Queridas mías –repitió con afectación y solemnidad que bordeaba el ridículo-, en la noche en que anunciaré mi próxima boda, he decidido reunir a tres de mis mayores afectos para que tengan el privilegio de la primicia.
- Mi novia y futura esposa ... - pronunció tratando de no fijar la mirada en ninguna en particular – ... mi adorada prima hermana y mi amiga de toda la vida, ex compañera de escuela ... Nora, Silvia y María – dijo Rolando mirando a cada una según pronunciaba sus respectivos nombres y escudriñándolas para analizar el efecto producido.

El resultado fue, obviamente, el deseado y a tal punto las cosas le salieron como lo había previsto, que Rolando no colmó su expectativa de enfrentar, como aguardaba y le divertía, ninguna inesperada necesidad de salirse del libreto para tener que improvisar una solución ocasional.-

Como era de esperar, Nora se mantuvo inmóvil en su silla, esforzándose por disimular –con vergüenza- su estado. Silvia y María interpretaron que aquella mujer que representaba aproximadamente la misma edad que Rolando no podía ser otra que esa amiga de la infancia (“ex compañera de escuela”). Y –a la vez- cada una atribuyó a la restante la condición de “prima adorada”, reconociéndose a sí misma como “la novia y futura esposa” de Rolando.-

Las tres mujeres se saludaron con afectuoso beso y pronunciaron esas primeras y habituales palabras que siguen a todo proceso de presentación social. Ninguna felicitó a la otra por no atribuirse sino a sí misma la condición de futura esposa y, en cambio, todas manifestaron el inmenso gusto que les daba este encuentro con los demás afectos de Rolando.-

Éste, que era frío y calculador y, conociéndolas a todas, había estado especulando cuánto duraría ese intercambio de palabras con que se inician los encuentros y presentaciones de tal naturaleza, se sentó callado y limitó a apreciar lo que a su alrededor ocurría, como si fuera un artista que embelezado apreciara con la perspectiva de la distancia el cuadro de su autoría recién concluido. El diálogo inicial consecuente a cualquier presentación social es vacuo y plagado de lugares comunes. Generalmente pasa casi inadvertido para todos, ya que las personas dedican esos primeros momentos a analizar con la mirada –aguzando su percepción psicológica- a quienes le rodean y acaban de conocer, mucho más que atender a sus dichos.-

Rolando se extasió con la escena; su expresión era desafiante, una sonrisa alegre adornó la cara como si fuera la de un niño que retoza, denunciando el momento de circunstancial felicidad. Todo lo que pudiera ocurrir a partir de aquel momento – cualquiera fuera la gravedad que asumiera- bien valía, para él, aquel instante de regodeo. Sólo dejó de contemplar a las tres mujeres para desviar la mirada hacia el reloj que colgaba de la pared que tenía en frente. Calculó cuánto tiempo demoraría en empezar el derrumbe y cómo explotaría. No imaginaba los acontecimientos que habrían de producirse como otra cosa que una verdadera “explosión”, pero confiaba en que demoraría todo un poco más. ¿Cinco minutos? ¿Diez, quizás? ... ¿Y si lograba que todo se prolongase media hora o más tiempo aún? De su habilidad dependía.-

Cuando Rolando le contó lo ocurrido, explicó que Nora había pretendido expresarse y que inclusive había asumido algún gesto demasiado comprometedor, como el de arrimar sugestivamente su cuerpo y su cara a los de él, esbozar una caricia o tenderle la mano como para que él se la tomara entre las suyas. Pero su estado la sumía en una torpeza tal que excusaba cualquier apariencia.-

María estaba demasiado interesada en causar una impresión deslumbrante a las otras dos mujeres como si así pudiera justificar haber dado caza a tan buen partido. Y le preocupaba mucho más eso que cualquier ademán atrevido de Nora que, por otra parte, a nadie podía parecer un “affaire” de Rolando que pudiera despertar celo alguno.-

Silvia, a diferencia de María, centraba su atención en Rolando y viéndolo a éste con tal expresión de felicidad, como la que le brindaba el infame y morboso disfrute, no podía menos que inferir que ella misma y su próxima boda eran la causa de semejante estado. No hay peor ciego que el que no quiere ver. Y el amor que -según ya dije y no fui el primero- es ciego porque no nos deja ver otra cosa que lo que queremos, obnubiló a la joven al extremo de no permitirle ni siquiera sospechar la verdad de lo que estaba ocurriendo.-

Rolando dejó que el tiempo discurriera todo lo que pudieran las cosas avanzar sin que el ánimo de las mujeres se alterara. Algunos minutos se fueron en la tarea de pedir al mozo la bebida que cada una eligió. Y, cuando se hizo el primer silencio, ése que seguramente presagiaba la explosiva ocurrencia de algo que desviara el agua de su cauce; cuando ya Silvia o María estarían a punto de hacer alguna manifestación que pudiera denunciar la equivocidad de aquellos vínculos, Rolando decidió tomar al toro por las guampas y recuperar el control de la situación. Miró primero a Nora y, como si hasta ese momento no hubiera percibido el lamentable estado en que se encontraba, haciéndose el sorprendido exclamó:

- Nora, querida, ¡qué mala cara tenés! No puedo permitir que en un momento tan festivo tu presentes semejante condición ... ¿Te ha caído mal la bebida? Ah! Es que no debiste beber con el estómago vacío, como seguramente lo tendrías cuando llegaste ... - y con un gesto de complicidad propio de quien quiere transmitirle a su entorno algo sin que alguno de los presentes se entere, dándole la espalda a Nora miró a las otras dos y les dijo:
- Por favor, chicas, ¿no la acompañaría una de las dos al toilette para que se refresque y recomponga?

Las dos damas se ofrecieron a hacerlo, completamente conscientes de que el malestar de Nora no provenía sino del exceso de alcohol y su falta de costumbre. Para María era un episodio común entre las jóvenes modelos con quienes trataba en su agencia y, aunque procuraba que no cayeran en el consumo de bebidas fuertes u otras drogas, alternaba permanentemente con chicas anoréxicas que conservaban su escualidez merced a alcohol y anfetaminas. A los diecisiete o dieciocho años, eso les provocaba terribles borracheras con las que estaba acostumbrada a lidiar. Se postuló prestamente para acompañar a Nora y no pudo evitar que Silvia, esgrimiendo su calidad profesional, la acompañara.-

Entre las dos, tomaron a Nora de cada uno de sus brazos y la condujeron hasta el cuarto de baño. Rolando las vio irse a las tres, de espaldas, alejándose hacia los gabinetes higiénicos. Quedó solo, sentado y con la mirada perdida, mientras se le grababa en su consciencia, para siempre, aquella inusual imagen. Sus tres queridas caminaban juntas, tomadas del brazo, unidas, solidarias y cómplices. Al cerrar tras de sí la puerta del baño, que traspusieron con dificultad, desaparecieron de su vista. Y también desaparecieron de su vida para siempre.-

Aunque su patológico juego le incitaba a quedarse y presenciar lo que ocurriría, Rolando bebió el último trago de su vaso, se puso de pie, pasó por la caja, pagó la cuenta de su mesa y sin que mediara explicación al mozo que le quedó mirando en señal de interrogación, salió a la vereda. Respiró profundamente, saboreó su triunfo sin medir el

daño ajeno y, con las manos en los bolsillos empezó a caminar rumbo a donde había dejado estacionado el auto.-

Lo que ocurrió exactamente en el toilette de Damas de aquella cafetería, nunca fue conocido por Rolando ni narrado a ninguno de nosotros por testigo presencial alguno. Los amigos de Rolando a quienes las tres mujeres conocían –entre quienes me incluyeron proscibieron de sus vidas y todo eventual encuentro casual terminó en algún desaire, un desvío de la mirada y un dada vuelta de cara.-

Pero ninguna “explosión” se produjo y esto llegó a defraudar a Rolando que no demoró mucho en empezar a obsesionarse con la espera de una venganza que cada una de las despechadas por separado o todas ellas juntas, en resentida conspiración, pudieran tramar. Y hasta el presente, vive con obsesión paranoica, a la espera de que esa revancha le llegue y golpee, en cualquier lado, inesperadamente, duramente. Los amigos creemos que eso no ocurrirá, pero mientras tanto, la espera maniática de Rolando supone –creo yo- la represalia o el desquite de las tres mujeres.-

E.B.A. (Febrero de 2008)

Sentido Común.-

Se dice que el sentido común es el menos común de los sentidos y lo cierto es que ésta, que es una frase hecha como tantas otras, se distingue claramente de las demás por el enorme acierto de la afirmación que contiene.-

El sentido común es ese conocimiento espontáneo que le da al individuo corriente, solución o explicación inmediata a problemas particulares. Pero como este tipo de conocimiento se basa, de acuerdo con cuanto entendemos generalmente, en la tradición o el consenso de la mayoría, su vigencia depende del acuerdo común de quienes lo comparten y utilizan. De allí lo de sentido “común”; que significa común a muchos, o al menos a todos quienes lo comparten y emplean.-

Ahora bien, con semejante definición, la máxima que transcribimos al principio implicaría una contradicción en sí misma, porque lo que es común a muchos o a todos, no puede ser “poco común” (en la acepción de “extraordinario” o poco corriente, infrecuente y no habitual) como la frase sugiere.-

Sin embargo, sigo creyendo en la verdad que trasmite aquella afirmación, porque pienso que el sentido común, aunque disponible y accesible a toda persona, es muchas veces despreciado, eludido o no utilizado como fuente y sustento del conocimiento. Es lo que ocurre en esas situaciones cotidianas en que juzgamos el obrar de algún Fulano y nos preguntamos:

- ¿Pero cómo es posible que este tipo no se diera cuenta de la realidad, si el uso del mero “sentido común” se la habría puesto en evidencia?

Y bien, todo esto viene a cuento porque hoy se me ha ocurrido compartir con ustedes una anécdota históricamente auténtica que revela en qué medida el sentido común puede no ser empleado, aún por aquellos que mayor obligación tienen de fundar sus conocimientos en pilares sólidos. Me estoy refiriendo a los hombres de ciencia que, a veces, pueden obnubilarse y errar de forma mayúscula; evitar lo cual habrían podido si solo hubiesen empleado el sentido común.-

Resulta que en el caso que narraré, el motivo del error provino de la tiniebla mental en que se sumerge quien se deja llevar por el fundamentalismo. Sabido es que la política no es buena consejera en cuanto a ciencia se refiere y que la ideologización interfiere con la objetividad que el científico necesita. Así pues, el marxismo integrista reinante en la hoy ya inexistente Unión Soviética, nos proporciona un claro ejemplo de esa nefasta conjunción que el mero empleo del sentido común habría evitado.-

La ideología marxista, al menos en la interpretación que Stalin hacía de ella, suponía que la humanidad era moldeable más allá de lo que la propia naturaleza impusiera y postulaba que la herencia genética jamás sería una limitante. Aplicando semejante tesis, Trofim Lysenko y los políticos que lo apoyaron (a él y a sus teorías) causaron muchísimo daño al pueblo ruso.-

Lysenko era un agrónomo que convenció a los dirigentes soviéticos de que se estaba en condiciones de acabar con el hambre de la población. Su disparatada y comprobadamente errónea tesis, impuesta como verdad científica para pesar del pueblo que padeció las consecuencias y vergüenza de los políticos que lo prohijaron, suponía que las plantas, al igual que los hombres, podían ser modificadas por el ambiente sin tener en cuenta sus características genéticas.-

El propósito de Lysenko era el de mejorar las cosechas y obtener rendimientos extraordinarios empleando dichos métodos que, en buena medida, no eran sino réplica de la teoría que Lamarck, un biólogo francés, había propuesto en el Siglo XIX para explicar la evolución de las especies. En su formulación más simplificada y a los meros efectos de ilustrar este artículo, diré que la teoría sostenía que los individuos podían adquirir o mejorar sus caracteres físicos durante su vida y así transmitirlos a sus descendientes. Pero en la época en que Lysenko empezó a trabajar en la Unión Soviética la tesis estaba francamente devaluada y completamente desmentida por las investigaciones científicas, desde hacía tiempo.-

El resultado de la aplicación de las tesis de Lysenko determinó un perfecto desastre que duró más de tres décadas. Pero como el poder de Lysenko se basaba no en la certeza científica de su teoría sino en su compatibilidad con la ideología oficial, logró el apoyo del gobierno comunista y, con ello, la posibilidad de eliminar a todos sus competidores, quienes por muy honrados, objetivos y respetables que fuesen, padecían ineludible persecución si osaban contradecirlo, so pretexto de que traicionaban los planes soviéticos.-

Según esa insólita tesis, las especies podían transformarse unas en otras, lo que dio lugar a la aparición de informes Lysenkianos que afirmaban haber visto trigo que se convertía en centeno, abetos que mudaban a pinos y cualquier otra tontería de similar naturaleza y demostrada inconsistencia.-

Muy lamentablemente, esos años de “oscurantismo” determinaron la completa aniquilación de la ciencia biológica soviética, además del atraso de su agricultura en más de dos décadas con respecto a la del mundo occidental y, por consiguiente, escasez, infortunio y miseria para la gente.-

En un congreso de la Academia de Ciencias Soviética de aquella época a la que estoy refiriendo, el propio Lysenko, que era su director, sostuvo en defensa de la tesis oficial, lo siguiente:

- Si tuviéramos la constancia de cortar las orejas de los terneros cuando nacen, generación tras generación, al cabo de un tiempo las vacas nacerían sin orejas.-

Y, entonces, un joven científico cuyo nombre no ha registrado la historia pero merecería en ella un sitio del cual Lysenko seguramente no debió haberse beneficiado, le preguntó con timidez:

- Profesor Lysenko ... ¿y si es cierto que cortando sistemáticamente, generación tras generación, las orejas de las vacas éstas acabarían naciendo sin orejas, cómo se explica que todas las jóvenes de la Unión Soviética sigan naciendo vírgenes?

Además de humor, aquello de que hizo gala el novel científico fue, precisamente, “sentido común”; el mismo que ni Lysenko ni sus seguidores y patrocinadores emplearon cuando adhirieron torpemente al lamarquismo. Como ven, es ése un buen ejemplo de que el sentido común es el menos común de los sentidos.-

Lamentablemente, la investigación efectuada no me ha permitido identificar a quien se atrevió a objetar al “genio” de la agricultura soviética. Tampoco he encontrado registro de cuál fuera la reacción de Lysenko en semejante ocasión, ni el destino que a su contradictor le esperara. Pero es mi deseo que la penumbra del fondo de aquella sala de conferencias y la complicidad de otros colegas dispuestos a emplear el sentido común, le hayan garantizado, en aquel momento, el mismo anonimato que le guardó la Historia. Solamente así, habrá podido eludir el castigo que se imponía a disidentes que hicieran pública gala de su honesta osadía. Y si así fue, quizás ese científico haya podido ver, con el tiempo, cómo el sentido común terminó triunfando.-

E.B.A. (Marzo de 2008)

Regreso sin gloria.

Para quien -como fue su caso- no había podido gozar de unas buenas vacaciones en enero, ni había llegado a disfrutar de asueto siquiera en la semana de Carnaval, la llegada de la Semana Santa (o de Turismo en su uruguayísima denominación laica), supuso la ocasión impostergable de un descanso que estimaba merecido (no sé por qué hay que decir siempre del descanso que es “merecido” cuando, en realidad, para descansar hay que estar cansado –o no sería verdadero descanso- y se me antoja pleonástico o redundante emplear ambas palabras conjuntamente. Si uno no está cansado, podrá disfrutar del ocio o la recreación o entretenerse saboreando la holganza, pero nunca se deleitará con un descanso, pues no lo puede tener sino quien está cansado).-

Y en el caso de que me ocupó, el tipo no podía sino estar fatigado (del “trabajo” se sobreentiende), porque no tenía vacaciones desde hacía largo rato. Entonces, decidió que no sólo debía suspender la actividad rutinaria sino desahogarse, además, con un verdadero y breve cambio de vida.-

Como residía en medio de la gran ciudad, ideó mudarse por unos días al campo. Ya que siempre dependía de horarios, decidió olvidarse por un breve lapso de los relojes y guiarse por la luz solar. Para variar terminantemente, entendió que lo más propicio era prescindir de algunas comodidades propias de la vida moderna e instalarse rústicamente al borde de algún arroyo, dormir en sobre de acampar y vivir de la caza y de la pesca, renunciando al cuarto de baño, la luz eléctrica, la televisión y el teléfono celular, por no citar sino algunos de los artefactos cuyo empleo resignaba.

- ¡Al diablo con todos esos adminículos que, en vez de facilitarnos la vida, terminan convirtiéndonos en prisioneros de un alocado frenesí y de una fastidiosa existencia!- pensó nuestro amigo, mientras se aprontaba para invitar a su familia.-

La patrona no recibió con entusiasmo la idea y encontró en la circunstancial enfermedad de su anciana madre el pretexto necesario para no acompañarlo en su aventura. Sus dos hijos no fueron fáciles de convencer pero terminaron aceptando la imposición de la autoridad paterna. La nena padeció, como un castigo, la necesaria obligación de renunciar a la fiestita de 15 prevista para ese fin de semana. Y el varón – escasamente tentado por ese paseo al que no podría llevar herramientas tan vitales como el “play station”, el reproductor de DVD, el MP4 y la computadora portátil- aceptó de mala gana tener que perderse el partido de fútbol del domingo y la asistencia al cine con su novia.-

Pero no hubo diablo que hiciera desistir al tipo de su idea de pasar tres días de camping en compañía de los dos hijos adolescentes y el primer sábado de la semana de vacación, los tres partieron rumbo a las sierras, munidos de un austero equipo integrado por tres sobres de dormir, una pequeña carpa de armar, tres cañas de pescar, una vieja escopeta prestada, un par de faroles a mantilla, escasas mudas de ropa para cada uno y algunos otros pocos artículos de los que se consideran imprescindibles en ocasiones semejantes. Pero nada -ni lo más mínimo- que pudiera suponer un atisbo de confort, o el menor rastro de un electrodoméstico o cualquier otro instrumento de los que se entienden imprescindiblemente ligados a la vida de cualquier habitante del Siglo XXI.

Eligió trasladarse en ómnibus hasta el pueblo más cercano a su destino campestre y prescindió intencionalmente del automóvil porque supuso que sería la primera expresión del cambio que se había propuesto.-

Cargando sus pesadas mochilas, los tres caminaron bajo el rayo de sol desde el mediodía hasta el atardecer de aquel sábado, porque el autobús de línea que los llevaba suprimió un tramo de su habitual su recorrido ese día, según estaba previsto y siempre ocurre en los fines de semana, pero nadie había avisado al protagonista de nuestra historia que así ocurriría.-

Nada consiguieron los hijos con sus quejas (que a esa altura ya eran escasas las alternativas) y de poco valió que lo convencieran, después de más de tres horas de marcha forzada con una temperatura ambiente de más de 30 grados, de hacer dedo en la ruta y requerir del primer vehículo que pasara un transporte benévolo que los aproximara al destino. El sitio elegido era tan agreste, natural y apartado de toda población, que a esa altura ya no cruzaron ningún auto, camión camioneta o moto; ningún carro ni bicicleta ... Nada de nada.-

El inicial buen humor del acampante se diluyó un poco cuando después del agobiante calor de la tarde, el sol empezó a bajar y una brisa inicialmente fresca y, luego, decididamente fría, les tomó de sorpresa e invitó a hacer un alto en el camino. Depositaron las mochilas en el suelo y extrajeron sus cantimploras con agua (a esa altura tibia) para beber un trago y calmar la sed agobiante. El tipo se sentó sobre una roca, a la vera del camino y sintió que se le acalabraba una pantorrilla como fruto del esfuerzo al que había sometido sus piernas. Se descalzó y masajeó ambos pies, constatando en el acto que dos gruesas ampollas infladas y sanguinolentas habían brotado en donde las zapatillas más le apretaban. Los hijos intercambiaron miradas muy expresivas pero se abstuvieron de pronunciar palabra alguna. Ambos extrajeron algún rudimentario abrigo del sobrio equipaje y se protegieron del repentinamente glacial aire que sopló desde la sierra, mientras apreciaban que el sol de esa tarde –a esa hora ya oculto tras espesos nubarrones- todavía ardía en la delicada piel de la nariz, los pómulos y la frente del padre. Antes de burlarse de su apariencia (que fue el primer impulso de los dos jóvenes) se apiadaron del responsable de aquella situación que empezaba a constatar, por sí mismo, la inconveniencia del paseo programado.-

Al cabo de unos veinte minutos, los chicos se preguntaron si no sería oportuno encontrar el lugar de destino y empezar a armar la carpita, porque del clima uruguayo no puede esperarse otra cosa que un cambio repentino, además de esa imposibilidad de pronosticar con certeza y razonable anticipación lo que va a ocurrir con el tiempo. Y aunque nada lo hiciera esperable al mediodía, ese atardecer, la negrura del velo que opacó el sol y el súbito cambio de temperatura presagiaban tormenta. Propusieron seguir andando pero se apiadaron de la triste imagen del padre: cansado, ardido, ampollado, acalabrado y empezando a enfriarse, mientras procuraba desesperadamente quitarse de uno de los pies el hervidero de hormigas rojas que, tomándolo desprevenido, le habían subido hasta el tobillo y empezaban a picarlo sin clemencia.-

El hombre siempre había sido muy alérgico y, a los pocos minutos, la hinchazón del pie le impedía volver a calzarse. Entonces, decidieron que hasta que encontrara alivio, lo mejor era quedarse donde estaban, de modo que se apartaron unos metros del camino y buscaron un lugar, contra el alambrado que limitaba un campo, donde el piso fuera

suficientemente llano y regular como para armar la rudimentaria toldería. De todo se ocuparon los muchachos, bajo la atenta mirada del padre que no tuvo más remedio que dirigirlos desde el rústico asiento que se procuró con un tronco y un par de piedras y acolchó con algo de la ropa que traía en su bolsa. Mientras esto hacía, con el resto de su ración de agua potable se masajeaba el pie atacado por los insectos, procurando aliviar con lo único que tenía a mano, el fuerte ardor.-

El buen humor –huelga decirlo- ya había desaparecido completamente, pero era incapaz de quejarse porque no quería dar el brazo a torcer delante de los hijos, ni demostrar el menor atisbo de arrepentimiento por las decisiones que tanto trabajo le había costado imponerles. Ocurre que la suerte no estuvo de su lado o que la inexorable necesidad de que las leyes de Murphy se cumplieran culminó determinando que antes de que la carpa estuviera pronta se levantara un fuerte viento que impidió que la tarea culminara.-

Inmediatamente después, cayó un fuerte chaparrón que empapó a los caminantes e inundó el piso en que procuraban instalarse. Se salvaron los trastos y la ropa que venían dentro de las mochilas porque éstas eran afortunadamente impermeables; pero no creo que hubiera ambiente como para alegrarse de ello, sino más bien bronca por el cúmulo de contratiempos.-

El tipo prefirió maldecir la mala suerte, vituperar contra el instituto meteorológico que erró su previsión y abominar el condenado e inestable clima que padecemos en este país. Pero omitió que si hubiera tenido en cuenta todo eso que ahora daba por sentado (que cuando algo puede ir mal, sale mal; que en materia de predicciones climáticas se pega menos en el clavo que en la herradura y que el clima regional es efectivamente muy cambiante) habría podido adoptar una decisión más razonable y exponerse menos a todo lo que les estaba ocurriendo.-

Cuando llegó la noche, la situación permanecía incambiada en cuanto a la mayoría de los factores negativos y se había agravado en lo atinente a la reacción de su epidermis a la picadura de las hormigas. La inexistencia de leña seca impidió que se encendiera una fogata. Y haber destinado su ración de agua potable a apagar el fuego que en su piel habían dejado las picaduras, provocó escasez que obligó a racionar la que estaba destinada a los dos hijos para dividirla en tres porciones que deberían durar hasta que estuvieran en condiciones de reponerla. Pero no padecieron sed esa noche; porque llovió abundantemente desde la puesta del sol hasta el amanecer del día siguiente y lo que menos escaseó fue el agua dulce, mientras que lo que sí les hizo falta fue un techo protector, aunque la tela de la tienda de campaña -que no pudieron armar por causa del viento- fue empleada para cubrir los tres sobres de dormir, dentro de los cuales se introdujeron muy temprano, todos mojados y muy molestos, después de comer unos bizcochos humedecidos que habían sobrado de la mañana y la única lata de sardinas que lograron abrir (con un cuchillo y mucho trabajo) porque el abrelatas no apareció entre los objetos que llevaban, ni el clima de aquella noche les permitió hacer una búsqueda completa en las mochilas, pues a penas las abrían para hurgar en ellas, la lluvia empezaba a anegarlas.-

A pesar de la incómoda situación, con el cansancio de la extenuante caminata, el calorcito que les garantizaba la hermeticidad de los sobres, la oscuridad completa y el arrullo del persistente aguacero, les atacó un sueño profundo del que despertaron a la

mañana siguiente cuando el graznido de una gallineta de bañado rajó el silencio de un amanecer sereno y claro, como no se podía prever que habría después de semejante tormenta.-

En medio de aquel ambiente tan absolutamente natural e incontaminado, un ruidito conocido pero completamente imprevisible en la ocasión, llamó la atención del tipo y de sus dos hijos. El electrónico sonido de un “pi ... pi”, de esos que denuncia que la carga de la batería de un teléfono celular empieza a debilitarse, se hizo audible entre las prendas del interior de la mochila de la Nena. Con la expresión del infractor pescado in fraganti, la joven saltó rumbo a la fuente del ruido con el propósito de acallarlo por cualquier medio. Es que pese a la terminante prohibición del padre, no había podido evitar llevar su teléfono portátil al paseo de fin de semana. Pensaba emplearlo con mesura y a escondidas, para mantenerse comunicada con la civilización (es decir: con sus amigas del liceo) porque no le era posible imaginar que tuviese que esperar unos días para enterarse de cómo había transcurrido la fiestita de quince que se había perdido por culpa del padre.-

Todos los imprevistos de la noche anterior le impidieron apagarlo y, ahora, acababa de quedar al descubierto. Creyó que podría llegar a desconectarlo antes de que volviera a sonar de nuevo y hasta deseó que a su padre le hubiera pasado inadvertido o no hubiese podido identificarlo. Se movió en dirección a la mochila y, sin embargo, la paralizó la sorpresa de percibir que, más rápido de lo que jamás hubiera imaginado que era capaz de hacerlo, el padre salía de su sobre de dormir, se erguía, saltaba sobre un solo pie hasta la mochila de su hija, la abría con un solo movimiento y la daba vuelta para vaciar su entero contenido en el pasto húmedo.-

Cuando cayó el celular, el tipo lo tomó entre sus manos con la misma delicadeza con que cualquiera habría aprehendido el más preciado tesoro. Oprimió unas teclas y – luego de un momento- exclamó aliviado:

- ¡Hay señal! ¡Hay señal! ... ¡Aún en este podrido lugar de miércoles, en medio del fin del mundo, hay señal!

Y sin que hubiera tiempo a más nada, digitó un número determinado y se comunicó con la estación de ómnibus del pueblo a que habían llegado el día anterior. Allí consiguió la forma de contratar un taxímetro y –luego de clara explicación- pidió que vinieran a buscarlos a donde estaban, al tiempo que rogaba que no fuera a haber ninguna maldita cañada o asqueroso arroyo desbordados que pudieran impedir el acceso del automóvil.-

En una hora y media llegó el rescate y los tres subieron, calladitos la boca, casi sin mirarse, después de haber depositado todos los trastos empapados en el maletero del auto. Desandar el camino que habían hecho a pie la tarde de la víspera, les llevó tan sólo una hora. El automóvil los depositó en la Terminal de autobuses y allí, se dirigieron los tres a la ventanilla donde vendían boletos. Adquirieron tres para el primer bus de regreso a Montevideo y el hombre tuvo que embarcarse con el pie malherido envuelto en un vendaje rudimentario. La piel de la cara le dolía y parecía llagada. La única pierna que apoyaba padecía la secuela de los calambres. No podía enderezar su espalda porque todavía le pesaba en los huesos la mochila que había cargado durante horas. Pero, por

sobre todos los dolores, el que más le afectaba era el de la profunda y mortificante herida que laceraba su orgullo. El suyo de aquella tarde sí que fue un regreso sin gloria.-

E.B.A. (marzo de 2008)

MÉDICOS ...

Al tiempo que la investigación al servicio de la ciencia y el formidable desarrollo tecnológico de los últimos años han brindado al ser humano infinitas posibilidades de superación de muchos de los males que antes le aquejaban sin posibilidad de cura o prevención, la medicina ha ido evolucionando –aunque desigualmente- en todo el mundo.-

No obstante el hecho de que aparecen nuevas enfermedades o nos ataquen mutaciones más virulentas de microorganismos otrora controlados, en general, los médicos cuentan hoy en día con medios formidables al servicio de la práctica de su noble profesión y, por ende, con más posibilidades de lograr cada vez mejores resultados.-

Lamentablemente, la confianza del paciente en su doctor no ha ido necesariamente acompañada con los señalados avances. En la más remota antigüedad, el brujo, el mago u hechicero, a quien se confiaba la tarea que el progreso de la civilización puso a cargo del médico, reunía los poderes más importantes y contaba con la confianza de su tribu. Insólitamente, a medida de que la ciencia fue dando más certezas a la medicina, más desconfiado ha resultado ser el paciente con relación a su médico, a pesar de que la magnitud del conocimiento científico aleja cada vez más al hombre común de toda posibilidad de tan siquiera aproximarse a la comprensión de todo cuanto forma parte del saber de los especialistas.-

Si la medicina es la ciencia y el arte de precaver y curar las enfermedades del cuerpo humano, cualquiera diría que, hablando de “medicina defensiva”, término que se ha puesto de moda últimamente, nos estaríamos refiriendo a los procedimientos mediante los cuales el médico procura defender a su paciente de la enfermedad. Pero ocurre que no es así. El médico de hoy en día debe preocuparse no sólo de proteger al paciente de los agentes patógenos, sino de salvaguardarse a sí mismo de los pacientes desconfiados, desconformes y hostiles. La forma en que practica la medicina quien procura, además de (o antes que) el propio bienestar del paciente, su seguridad personal y profesional, es lo que hoy se llama “medicina defensiva”.-

La medicina deja de ser la disciplina dedicada al cuidado de la vida humana y se convierte en el arte de eludir la disconformidad de los pacientes, de prevenir al médico de la agresión, de salvarse de la difamación, impedir la denuncia, esquivar el litigio y, a veces, precaverse de la cárcel.-

Moliere, que –por lo visto- no sentía gran simpatía por quienes ejercen tan noble profesión, preguntado cierta vez por Luis XVI acerca de cómo definir al médico, contestó:

- “Es un ser que dispara a la cabecera del enfermo hasta que la medicina le mata o la naturaleza lo cura”.-

En uso de la misma irónica lógica hoy diría que es quien chequea, examina, investiga, analiza, inspecciona y revisa al paciente, sometiéndolo a cuanto estudio hay disponible, empleando todo aparato que la ciencia ha puesto a su disposición y el sistema de salud permite, para lograr diagnosticar su mal –si es que estaba enfermo- o encontrarle una enfermedad si es que el paciente se suponía sano. Y si no descubre una dolencia, terminará –por lo menos- despertándosela, porque a fuerza de estar importunándolo con semejante agresión, terminará enfermado su cuerpo o su mente.-

Es que, como sostiene un amigo:

- “No existen personas sanas, sólo hay enfermos insuficientemente estudiados”.-

Generalmente es el propio paciente desconfiado el que, no conforme con el primer diagnóstico, requiere nuevas pruebas y más consultas.-

-“Doctor, ¿No cree Usted que convendría que mi caso fuese estudiado por una junta médica?”

- “¿Y, si además de la radiografía me realiza una tomografía computada y una resonancia magnética?”

- “¿Qué le parece si envío mis análisis a Houston, donde –según he leído en Internet- hay un especialista que todos consideran la autoridad mundial en este tema?”

Y uno se expone, como le ha pasado a otro amigo mío, a que el médico le diga tras un cuidadoso reconocimiento:

-“ Señor Pérez, ya le he dicho lo que yo pienso, pero si le tranquiliza a Usted escuchar una segunda opinión, le doy cita para mañana a la misma hora en mi consultorio ...”

O, lo que es mucho peor, aquello que le pasó a un paciente muy impaciente y enormemente desconfiado. Cuando terminó de hacerle el último de los estudios actualmente disponibles y emitió su definitivo diagnóstico en que determinó con enorme grado de certeza que el hombre no padecía ninguna enfermedad maligna, el médico percibió en la cara de su hipocondríaco consultante una desconfianza mayúscula. Entonces, lleno de fastidio pero con tono simuladamente tranquilizador le dijo mirándolo a los ojos:

- “Deje de preocuparse, Señor López, porque cualquiera sea su enfermedad, el grado de malignidad será determinado con toda certeza, cuando le hagamos la autopsia”.-

No hay sistema médico que pueda soportar el derroche de recursos a que lo somete la práctica de la “medicina defensiva”, que desvía fondos que se podrían invertir con mayor eficiencia en más investigación u otras prioridades médicas. Y la culpa no la tienen los médicos. O al menos no sólo ellos. Ya dije que los propios pacientes son responsables; tanto como lo son los jueces, los abogados, los periodistas, las compañías

de seguros, todos quienes coadyuvan a debilitar el vínculo de confianza y seguridad que debe existir entre médico y paciente. Pero cuando le comenté esto mismo a una persona que estaba a punto de ser sometida a una intervención quirúrgica y tuvo la audacia de comentar que no confiaba en el cirujano que le había tocado en suerte, reafirmando su falta de fe en el Galeno me espetó:

-“Es que yo nunca me he fiado de los cirujanos. Porque ¿cómo quieres que reacciones frente a quien dice ser experto en el manejo de cuchillos, actúa siempre con máscara como pretendiendo que no lo reconozcan y, para peor, usa guantes en su tarea para no dejar huellas? ...”

Al fin y al cabo, algo de razón tenía, y allí recordé que cuando estuve con la pierna fracturada, el traumatólogo me dijo que, en un par de semanas a partir de la operación, volvería desde el consultorio a mi casa caminando. Y bien que lo consiguió, porque para pagar sus honorarios, tuve que vender el auto.-

E.B.A. (abril de 2008)

Si aquel otro pudo, ¿Por qué no, yo?

En ocasión de un viaje a Brasil, hace ya un cuarto de siglo (por lo menos), mis circunstanciales compañeros de excursión y yo, arrendamos un auto en la ciudad de Porto Alegre, con el propósito de trasladarnos por tierra hasta Florianópolis. Nos entregaron un vehículo que estaba casi a estrenar ya que no había recorrido, todavía, ni mil kilómetros, y confiado en las bondades del flamante automóvil, propuse que nos trasladáramos, inicialmente, por la playa. Lo que pretendía era ir circulando, directamente, sobre la arena y junto a la orilla del océano, dado que creía recordar que unos amigos de la infancia me habían relatado haber hecho, ellos mismos, muchos años antes, similar trayecto. Se trataba de ir desde alguno de los primeros balnearios situados al norte de Porto Alegre, hasta la ciudad de Torres, hermoso balneario de Rio Grande do Sul en que muchos argentinos y uruguayos veraneaban antes de que las costas del Estado de Santa Catarina adquirieran la popularidad que hoy tienen.-

El recuerdo de la narración de quienes me habían precedido unos cuantos años en semejante recorrido, me estimuló sobremanera, y entusiasmó a mis compañeros de viaje, a quienes convencí sin mucho trabajo, venciendo los iniciales reparos de todos ellos, que juzgaba innecesariamente arriesgada mi invitación.-

Fue un mediodía fresco y muy nublado de un sábado de principios del mes de abril, la ocasión en que, después de haber almorzado frugalmente el producto de unas compras hechas en la ruta, llegamos a Capao da Canoa, a unos 140 kilómetros de Porto Alegre. Allí decidimos descender con el auto hasta la playa para examinar las posibilidades de concretar el proyecto.-

El balneario conservaba el espíritu de la aldea que le dio origen aunque a los iniciales ranchos de 1920 se habían ido sumando, a lo largo de la costa y en el ancho de unas pocas cuadras, las todavía austeras casas de veraneo que precedieron a la moderna Capao actual, dotada ésta de una sucesión de numerosos edificios de apartamentos y de

una extensa red de comercios, discotecas, bares y restaurantes, que fueron construidos frente al mar.-

Comprobamos que no había gente en la playa, salvo unos pocos y muy esparcidos lugareños pescando, como tampoco la había en todo Capao, localidad que recorrimos en pocos minutos para comprobar que ni el clima ni la época del año eran los más propicios para el turismo, que es la fuente, casi excluyente, que la nutre de pobladores. Como no existía ruta o vía costera, cada calle perpendicular al mar terminaba en la arena, y ésta era plana, dura y apisonada como para soportar la circulación de nuestro auto sin dificultad alguna. Desde ese punto hasta la ciudad de Torres, la playa se extiende a lo largo de una línea muy recta que no resulta interrumpida por ningún accidente geográfico de consideración a lo largo de 65 kilómetros de trayecto.-

Cierta cautela fue imperiosamente necesaria al principio del recorrido, mientras aguardábamos saber si algún obstáculo habría de poder oponérsenos. Al inicio nos preocupamos por las condiciones que ofreciese la naturaleza y, luego, por la eventualidad de que alguien se opusiera o interpusiera, como habrían podido ser, por ejemplo, la autoridad policial o naval con jurisdicción en la zona. Pero nada de eso ocurrió y nuestra inicial timidez fue sustituida por una marcada euforia que nos convirtió cada vez más en cinco jóvenes algo temerarios, conduciendo un automóvil a buena velocidad, por la desértica playa, arrimándonos osadamente al océano y dejando –por momentos- que la ola nos alcanzara y cruzara de derecha a izquierda por debajo del auto, para así disfrutar del espectáculo que provocaba el agua saltando, parecido al que podría causar una veloz lancha surcando el mar.-

Lo que no previmos ni se nos ocurrió nunca, por virtud de la confianza que a mí me había merecido el recuerdo de aquellos amigos que me habían relatado haber hecho el mismo recorrido mucho tiempo antes, fue que a lo largo de tanta costa, por más que no hubiera rocas, ni cabos o penínsulas o dunas de arena blanda e intransitable, difícil era que pudiera no haber ninguna barra de arroyo, cañada o desagüe que desembocara en el mar. Y la verdad es que los hubo. Empezaron a aparecer cuando ya llevábamos circulando un buen rato y no quisimos volver atrás. Nos imaginamos que el auto habría de cruzarlos sin dificultades, puesto que mis amigos lo habían conseguido hacer, mucho antes que nosotros. Y, aunque en una oportunidad tuvimos que frenar porque percibimos que la desembocadura era algo ancha (y un poco más profunda) que las que ya habíamos transpuesto, lo cierto es que las dificultades propiamente dichas no nos las plantearon esas corrientes de agua, sino el mar y sus olas. Cuando nos detuvimos para comprobar la profundidad de esa cañada que se nos antojó riesgosa, dos o tres olas barrieron el piso de arena por debajo del auto y lo cruzaron de un lado a otro. Fue suficiente para que las cuatro ruedas se enterraran y el chasis quedara depositado sobre el fondo.-

Sólo la buena suerte explica que, aunque muy poca gente habíamos cruzado por esos paisajes, justamente allí, y a muy poca distancia del incidente, un grupo de pescadores de buen humor y mejor disposición estuvieran atentos a lo ocurrido, preparados para darnos una buena mano y con capacidad para sacarnos del atolladero.-

Como no es el centro de la historia la narración de la aventura de esa tarde, abreviaré lo ocurrido y diré que, antes del anochecer, pudimos llegar a Torres y, no obstante la dificultad –porque salir de la playa hacia la ruta o la calle no era allí tan fácil

como lo había sido en Capao hacer el camino inverso- terminamos volviendo a circular por donde Dios mandaba ...

Transcurridos más de 20 años de aquel incidente, conversé, un día y por primera vez, del hecho, con uno de aquellos amigos que se me habían anticipado en la travesía y cuya narración guardada largo tiempo en mi memoria, nos había sugerido y estimulado a atravesar semejante aventura. Para mi sorpresa, quedó absolutamente atónito y me dijo que lo que habíamos hecho había sido un rotundo disparate; porque ellos nunca habían circulado por la playa y, mucho menos, en un trayecto de tal extensión. Agregando, luego, que yo seguramente recordaba parcialmente el relato o había mal interpretado su narración. Porque cuando dijeron que habían podido viajar un extenso trayecto por la costa, lo que querían significar era que habían transitado un pintoresco camino ribereño que, aunque precario y en mal estado, siempre era menos arriesgado que el que habíamos elegido nosotros.-

Quedé pensando en cómo el error de interpretación en mi caso y la incorrecta información de los demás, habían generado la confianza necesaria para acometer semejante empresa y correr inconscientemente los riesgos inherentes. Y recordé entonces, –aunque salvando las distancias en la comparación- una anécdota histórica que no puedo evitar compartir con Ustedes.-

Miguel Ángel Buonarroti asumió un día el compromiso de ejecutar una escultura, empleando un bloque de mármol que había ya empezado a tallar mucho antes que él Agostino di Ducio, quien había renunciado a su labor debido a los insatisfactorios resultados obtenidos. A consecuencia de esto, quedó la piedra prácticamente inservible y abandonada durante mucho tiempo. El formidable escultor renacentista no sólo osó asumir el compromiso de realizar su obra a partir de semejante bloque declarado inutilizable, sino también el de ejecutar la obra “*ex uno lapide*”, que quiere decir: en una sola pieza. Un reto de esa naturaleza habría resultado impensable si no fuera que Miguel Ángel había oído hablar de las míticas figuras clásicas hechas de una sola piedra, o sea que sin unir varias partes talladas por separado para componer la escultura. Obviamente, cualquier falla durante la tarea, siempre que se tratase de esculpir la obra a partir de una pieza, determinaba que todo el trabajo debiera ser desechado, motivo por el cual los artistas descartan naturalmente semejante temeridad.-

Miguel Ángel encontró fundamento para su osadía, no sólo en la confianza que tenía en sus propias dotes, sino en la versión de que una formidable escultura griega - “Laoconte y sus hijos”- así había sido hecha, en Rodas, unos 1.600 años antes.-

- “Si alguien pudo hacerlo, yo también puedo” – debe haber pensado Miguel Ángel – y así extrajo de aquella piedra, la figura de David, esa misma y formidable escultura que, vaciada en bronce de su original sito en Florencia, nos vigila cotidianamente desde la explanada del Palacio Municipal de Montevideo.-

Ahora bien, ocurre que en 1506, estando el escultor en Roma, tuvo conocimiento de que se había desenterrado una estatua griega y, entonces, fue a verla y terminó reconociendo el clásico Laoconte que él había tomado por referencia para ejecutar una obra “*ex uno lapide*”. Lo sorprendente es que, con un pequeño vistazo, el genio renacentista advirtió que no estaba hecho de un único bloque, sino por el ensamblaje de por lo menos cinco partes. Afortunadamente, la equivocada versión –que provenía, según se sabe, de Plinio el Viejo- supuso el desafío suficientemente motivador para que la

genialidad de Miguel Ángel se pusiera de manifiesto una vez más. En el otro caso narrado, en cambio, la distorsión de la realidad solo logró despertar la intrepidez de cinco jóvenes y los dispuso a correr algunos riesgos que estaban más allá de todo gesto razonable. Pero no produjo ninguna obra de arte, sino un mero episodio que los cinco convertimos en una divertida anécdota de viaje.-

E.B.A.
Mayo de 2008

Metidas de pata.-

Inicialmente, en un uso coloquial, se decía que “metía la pata” la muchacha que, como la costurerita del soneto de Carriego, “daba el mal paso”, es decir, se acostaba con el novio o quedaba embarazada antes de casarse. El cambio en las costumbres y valores sociales fue atenuando su empleo con aquella intención, pero la expresión ya se había consolidado en el uso corriente. Ocurre que, entonces, se empezó a poder “meter la pata” de muchas maneras y en las más diversas circunstancias; a veces ejerciendo alguna actividad pero, las más, tan sólo hablando, porque la expresión se fue convirtiendo en difundido sinónimo de cometer un fallo, equivocarse o dar un traspie.-

No cuesta mucho colegir que la pata a que refiere el dicho no es la hembra del pato sino la pierna o pie de los animales y deriva, en su origen, de que cuando un animal metía la pata en la trampa de un cazador, cometía un fallo tan dramático que – generalmente- lo condenaba a la muerte.-

No es que por medio de la palabra no pueda meterse la pata con semejantemente graves consecuencias, pero -en realidad- en la mayoría de los casos, quien se equivoca hablando, no muere. O, al menos, no lo hace más que “de vergüenza”, que, en definitiva y aunque llegue a uno pasarla muy mal, no equivale estrictamente a la suerte de la pobre bestia en su trampa mortal.-

Sabido es que -como enseñaba mi padre- se equivoca uno más por hablar que por quedar callado. Y es más grave, aún, la “metida de pata” de quien pudiendo guardar silencio o moderar su conversación, se esmera en llamar la atención y opta por lucir su ingenio o pretender quedar bien, y acaba mentando la soga en la casa del ahorcado...

A veces, quien mete la pata lo advierte por sí solo y otras es dejado en evidencia por su interlocutor. En los casos en que quien cometió el yerro pretendía hacer inmodesta gala de su ingenio, si el que lo deja en evidencia es su propio interlocutor, la vergüenza es más grande aún. Fue el caso de aquel legislador que reprochaba a un colega “pegar menos en el clavo que en la herradura” y obtuvo por respuesta aquella veloz réplica de:

- “¡Pero es que Usted se mueve mucho!” – con lo que dejó al otro, ante todos, como un cuadrúpedo.-

En ocasiones, alguien hace una afirmación terminante no desprovista de soberbia para juzgar a alguien o algo, o para predecir lo que él percibe como inexorable. Luego, la

historia se encarga de desmentirlo y, si el autor del aserto ya no existe, elude la burla, pero cuando los hechos lo desdicen mucho antes de que su aseveración se olvide o su autor se desvanezca en la memoria de sus congéneres, el papelón es inevitable.-

Una versión que nadie me ha podido confirmar atribuye a un anónimo ingeniero de la Compañía Boeing haber hecho la siguiente categórica afirmación en 1933, luego del primer vuelo del modelo “247”, un avión de dos motores con capacidad para 10 pasajeros:

- “Nunca se construirá un aeroplano mayor que este”.-

No creo que haya tenido que esperar mucho tiempo para comprobar la “metida de pata” que cometió con su predicción, pero seguramente no tuvo ocasión de apreciar que el Airbus A 380, por ahora (y sólo por ahora) el avión más grande del mundo, sería capaz un día, de transportar a 800 pasajeros.-

El Decano del Departamento de Economía de la Universidad de Madison, Walter Williams, en un jugoso artículo titulado “Confianza en los expertos”, se solazaba enumerando casos de predicciones hechas por supuestos especialistas, gente muy versada en diversas materias, que había incurrido en los vaticinios más disparatados, las metidas de pata históricas más increíbles.-

Eligiendo al azar, transcribiré algunos de los ejemplos que Williams emplea –en su caso- para demostrar que no deberíamos permitir jamás a los expertos, no importa cuán inteligentes fueran o pensasen que lo son, que controlaran ningún aspecto de nuestras vidas y, sobre todo, que jamás desestimularan la capacidad que tiene el hombre para proponerse, y muchas veces, conseguir lo que creíamos inalcanzable.-

En 1943, Thomas Watson, presidente de IBM, predijo que habría “mercado en todo el mundo para unas cinco computadoras”. Luego, Ken Olsen, presidente de Digital Equipment Corporation, dijo: “No hay razón para que alguien quiera tener una computadora en su casa”.-

En 1899, Charles H. Duell, comisionado de la Oficina de Patentes de Estados Unidos, propuso el cierre de esa agencia gubernamental porque “todo lo que se puede inventar ya fue inventado”. Duell, por ejemplo, estaba seguro de que no se inventarían los aviones porque en 1895 Lord Kelvin, prestigioso físico presidente de Sociedad Real de Ciencias, había dicho: “No pueden existir máquinas de volar más pesadas que el aire”. Y aún después de que aparecieron los aviones, el mariscal Foch, entonces profesor de la Escuela Superior de Guerra en Francia, mantenía la idea de que “los aviones son juguetes interesantes, pero sin ningún valor militar”-

En 1962, la compañía de discos Decca afirmó: “No nos gustan como suenan y la música de guitarra está en decadencia”, para fundamentar las razones por las cuales rechazaba nada menos que a los Beatles.-

Claro que hay metidas de para de menor trascendencia histórica y que, sin embargo, han quedado igualmente guardadas en la memoria por siglos. Constituyen material anecdótico más que otra cosa, pero también dejan en evidencia, aunque sin que sea necesario juzgarlos con la misma severidad que en los casos recién expuestos, la

inmensa capacidad de equivocarse que uno tiene y las inmensas posibilidades de lograr el efecto contrario al deseado, cuando no cuidamos lo que decimos.-

El astrónomo Lalande, en una reunión de sociedad, se tuvo que sentar entre la hermosa Madame de Récamier y la poco agraciada Madame de Stael. Entonces dijo esto, creyendo que decía un cumplido a cada una:

- "Me encuentro entre la belleza y el ingenio" ...

A lo que Stael respondió:

- "Sin poseer, Usted, ni lo uno ni lo otro".-

Es que la belleza de Juliette de Récamier, que David immortalizara en un famoso cuadro de 1800, era tan conocida como la inteligencia, la elocuencia y la cultura de la otra dama. Pero a juzgar por el retrato de esta última no diría que fuera tan poco agraciada; así como, si me guiara por la actividad y relaciones de la primera, tampoco daría por buena esa supuesta carencia que el muy torpe piropo del astrónomo había sugerido involuntariamente. Fue necesaria la inspirada chispa de Stael para dejar en evidencia, con esa oportuna contestación, la metida de pata de Lalande.-

Prueba todo ello que, como dice un buen amigo mío, "Mas vale cerrar la boca y que piensen que eres tonto, que abrirla y demostrarlo".-

E.B.A. (Mayo de 2008)

No tenía nada.-

Manejaba con soltura el ordenador. Había aprendido a leer y escribir en tres idiomas, además del suyo. Tenía conocimientos de contabilidad y era egresada de una excelente escuela de secretarias. Con semejante preparación, no le dio mucho trabajo conseguir empleo y empezó a laborar en un Banco, hasta que una crisis aguda en la economía nacional que afectó todo el sistema bancario, la dejó en la calle.-

Agotado el dinero de la indemnización percibida, se encontró en la imperiosa necesidad de volver a trabajar y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que le asegurara la comida diaria. Empezó la búsqueda con muchas pretensiones y, al principio, habría rechazado cualquier propuesta que no mejorara las condiciones de la actividad en que había sido cesada.-

Redujo sus expectativas un poco, cuando la cruda realidad de un mercado de trabajo distorsionado por la dura crisis, se le impuso con evidencia. Al tiempo de haber terminado con los últimos recursos de que disponía y cuando ya no tenía más a quien pedir prestado o reclamar ayuda, estuvo dispuesta a conformarse con cualquier cosa. Razonó que, ya que iba a ganar muy poco, sería mejor ofrecer su mejor servicio como secretaria aunque fuera por el sueldo de una obrera poco calificada, en vez de aceptar la tarea y condiciones de trabajo que -por esa misma retribución- le corresponderían. De

este modo, se aseguraría, al menos, la dedicación a una tarea que le gustara, con el argumento de que, ya que iba a estar mal retribuida, deseaba asegurarse de encontrarse desempeñando la labor de su agrado. Dejaba de lado el hecho de que la tarea más jerarquizada le implicaría mayores compromisos, superiores responsabilidades, más dedicación intelectual y, por ende, más esfuerzo.-

Pero ninguna empresa aceptó, en este medio, una secretaria ejecutiva tan calificada, bien preparada y con brillantes antecedentes, que estuviese misteriosamente dispuesta a ganar lo mismo que el menos calificado de los peones de limpieza.-

Y un día, descubrió el “teletrabajo” y se dio cuenta de que podía servir a quien estuviera operando desde otro mercado, o sea que, ajeno a la crisis económica local.-

La búsqueda por Internet rindió sus frutos en forma inmediata, al punto de que resultó seleccionada y contratada en menos de un mes, por una institución financiera trasnacional que la dejó a cargo de una especie de oficina virtual que cumplía funciones de diversa naturaleza, todas las cuales podía desempeñar desde su propia casa inicialmente y en un pequeño escritorio arrendado en el centro de la ciudad, cuando tuvo la certeza de que el vínculo adquiriría suficiente estabilidad.-

Se encargó de instalar, por cuenta de la compañía, una oficina de un solo ambiente, muy bien decorada -porque era la cara visible de la empresa en múltiples conferencias telefónicas llevadas a cabo mediando cámara y micrófono- donde cobraba singular protagonismo el más sofisticado y moderno procesador electrónico, sobre un escritorio despojado de papeles (o conteniendo los mínimamente necesarios), una pantalla de última generación de dimensiones extraordinarias y el teléfono.-

A lo largo de extensas jornadas que sincronizaba con los horarios de las diferentes sedes de la empresa – de las que había una en cada continente- la joven atendía el teléfono, redactaba comunicados que difundía por correo electrónico, traducía documentos de un idioma al otro, registraba virtualmente asientos contables, operaba planillas electrónicas sofisticadas, respaldaba información que archivaba digitalmente y en fin, trabajaba algo más que de sol a sol, estando en contacto permanente y –como ahora suele decirse- “en tiempo real”, con el mundo todo.-

Se enteraba de cuanto ocurría en las Bolsas de Valores de todo el mundo en el mismísimo momento en que cada acontecimiento sucedía; recibía al minuto las novedades del orbe, las analizaba, resumía, difundía entre clientes cuya nómina le suministraba la empresa.-

La información fluía a raudales, proveniente de los lugares más recónditos y a costa de vivir pendiente de cuanto le llegaba por medio de su computadora, se sentía una residente del mundo. No había frontera que la detuviera; porque en ese universo virtual, viajar de París a Moscú, pasando por Londres, y regresar a Montevideo, no requería pasaporte ni llevaba más tiempo que el de apretar un par de teclas o digitar un botón del “Mouse”.-

Cuando se acostaba a dormir, cada noche en su casa, tenía la sensación de haber estado recorriendo decenas de miles de kilómetros y se extrañaba de no padecer cansancio alguno. Mantenía más estrecha relación con sus colegas europeos, asiáticos o

africanos que con su propia familia y sus vecinos, a quienes –de a poco- fue dejando de ver, para tan sólo conservar el contacto que algún mensaje esporádico transmitido por correo electrónico le generaba.-

No rendía cuentas a nadie en cuanto a la forma en que preparaba, ordenaba y ejecutaba su tarea. Sólo era necesario que cumpliera con la que se le encomendaba en el tiempo asignado y si ello le requería dedicar sábados, domingos y feriados, lo hacía sin protestar, porque no tenía nadie a quien dirigir su queja personalmente, pero –también- porque le agradaba la responsabilidad asumida y –sobre todo- el sueldo que cobraba una vez al mes y con toda regularidad por medio de un giro bancario.-

Pero semejante dedicación, que a otros hubiese resultado extenuante, se le antojaba cada día más y más entretenida; la hacía sentirse importante y mundana. A pesar de que su vida era exterior y realmente austera, opaca y solitaria, tenía la impresión de vivir en medio de la más elegante y cosmopolita de las sociedades, conversando ahora con un poderoso industrial sito en su oficina de Hong Kong y, al rato, atendiendo la llamada del Presidente de un Banco desde su despacho en Manhattan. Por la tarde conferenciaría larga y desinhibidamente con un secretario del Príncipe de Liechtenstein y antes de concluir la jornada respondería aquella carta escrita por el Gerente General de la Sede francesa, a quien imaginaba leyéndola en su piso de la Avenue Foch, muy próxima al Bois de Boulogne, de todo lo cual no tenía otra referencia que la dirección escrita en el membrete digital de su correo electrónico.-

Por más conectada que estuviera con todo ese mundo extraordinario y ajeno al de su más íntimo entorno, ella igual terminó por aumentar su aislamiento real, pues –salvo el mozo que traía su café a media mañana y mitad de la tarde, desde el bar de la esquina- no veía ni hablaba con más nadie y no salía a la calle ni para almorzar, ya que comía frugalmente lo que ella misma traía preparado de su casa.-

Era de las primeras en llegar al edificio y una de las últimas en retirarse, de modo que no se cruzaba con casi nadie. Se subía al vehículo utilitario pero moderno que había podido comprar en cuotas con los generosos ingresos que le generaba su trabajo y no tomaba más contacto que con el portero del apartamento en que residía y el administrador del escritorio arrendado, que la visitaba una vez al mes para cobrar la renta y los gastos del condominio.-

Ocurrió un viernes que, ya entrada la noche, todavía permanecía en la oficina a espera de cierta confirmación que debía llegar de las antípodas del mundo, desde un lugar que empezaba la jornada a la hora en que en este hemisferio uno se va a dormir. Un ruido inusual e inesperado y unas voces desconocidas la sorprendieron y asustaron. No provenían del parlante de la computadora. No eran en inglés, ni alemán, ni francés; apenas español, muy rioplatense y casi lunfardo.-

Tres sujetos desconocidos entraron violentamente al escritorio, seguramente suponiendo que no había nadie adentro, con intención de robar. Se sorprendieron tanto ellos como nuestra amiga, la secretaria internacional. Y también se asustaron. El miedo y la sorpresa los descontrolaron. Ella gritó y los ladrones lo hicieron más fuerte aún. Le ordenaron silencio y obedeció. Pero cuando la comunicación que aguardaba le llegó, conectó el sistema con el otro extremo del mundo y pidió auxilio, a los gritos, en un idioma que a los asaltantes resultó desconocido, pero igualito al que escuchaban en el

cine. Uno de ellos le propinó un fuerte, instintivo y repentino golpe en la cabeza con un florero de cristal, que fue lo que encontró más a mano. Sonó a vidrios y huesos rotos.-

Ella dejó caer su cabeza sobre el teclado de la computadora y perdió el conocimiento mientras que una profunda herida disparaba un chorro de sangre que enrojecía el pelo, la cara y la mesa. Los ladrones huyeron asustados y sin llevar nada, cerrando la puerta tras de sí. Dejaron todo como si nunca hubieran entrado. En la pantalla de la computadora aparecía la cara de quien había procurado la comunicación desde el otro extremo del mundo, impresionado y desconcertado por las imágenes que, desde el escritorio, le llegaban a través de esa cámara que acababa de captar todo lo ocurrido.-

El mundo entero tuvo noticia -en décimas de segundos- de cuanto le sucedía a la secretaria. La novedad se difundió velozmente en la interna de la compañía sin que nadie supiese precisamente qué hacer o cómo reaccionar. La joven murió por la fractura de su cráneo y nadie se enteró de ello en Montevideo, hasta que -al lunes siguiente- la limpiadora de la oficina la encontró yaciendo sobre su procesador. No hubo pariente ni vecino que la extrañara a lo largo de todo ese tiempo, ni nadie de su entorno que hubiera podido acudir y auxiliarla, aunque su muerte había sido transmitida en vivo (vaya ironía) directamente y vía satélite a cada agencia de la multinacional para la que prestaba servicios.-

Es que aunque ella sentía que tenía al mundo en sus manos, en realidad, no tenía nada.-

E.B.A. (Mayo 2008)